

Cartas a Felisberto Hernández (1940-1963)

**Selección, notas e
introducción de
Ignacio Bajter**

*Departamento de
Investigaciones
Biblioteca Nacional*

Se ha dicho de diferentes maneras que las cartas manifiestan tanto la lejanía de quien las escribe como el contorno de quien las lee, y estas no son la excepción. La correspondencia recibida por Felisberto Hernández puede tomarse como secuencias de una biografía en negativo. Esta selección es un tablero de proximidades y coincidencias que pretende hacer dinámica, a través de otros, la figura del autor. Inevitablemente la tensión se manifiesta en los años cuarenta, en la época en la que Felisberto Hernández consolida su obra. Por entonces no solo absorbe lo que ha escrito en sus primeros años y de lo que en parte desconfía, sino que refunda los espacios imaginarios con los que también funcionará más tarde, cuando ya casi no escriba y vea la vida pasar, en Montevideo, cuando casi no reciba cartas.

La selección se abre, en una fecha especulada, con la voz de su amigo Lorenzo Destoc, a quien Felisberto correspondía en un estilo que puede llamarse cortazariano quince años antes de Cortázar. Como en este caso, cada carta recibida contiene la clave del intercambio y el matiz de un encuentro, fugaz, que ahora pertenece a la literatura, al ámbito en el que Felisberto caminaba distraídamente, a tropezones. Puede observarse que los efectos de *Por los tiempos de Clemente Colling* se imponen en la vida del autor y en buena medida lo crean. Pocos después *El caballo perdido* hace la dupla de libros que le traen a Felisberto los rumbos más inesperados. Desde 1943 todo parece derivar de una escritura novedosa y sorpresiva para sus contemporáneos. Carlos Mastronardi es la primera conexión literaria, desde Buenos Aires, con la provincia argentina, y es un artífice y un mediador de mundos que no tenían por qué tocarse. La serie que abre el poeta de Entre Ríos, en la que se reflejan ideas que orbitaban alrededor de



Sur, continúa con autores periféricos (Benarós, Delfino, Fingerit, Lafleur, Eandi) y ahora poco recordados. La perspectiva de estos cruces que caben bajo el rótulo de «cartas argentinas» permite divisar el horizonte de aquella época intensa y demasiado robusta como para cortarla de una vez.

Aquí se reúnen cartas propiamente dichas junto a esquelas y postales. El criterio de edición no persiguió la brillantez ni la jerarquía de lo expresado, tampoco la secuela que las cartas pudieran tener en la escritura de Felisberto Hernández, aunque sí, en todos los casos, un tipo de afinidad que permitiera abrir un comentario. A la correspondencia de los amigos (Destoc, Benvenuto, Esther de Cáceres) se suman las contraseñas de legitimación (Ramón Gómez de la Serna es el mejor ejemplo) y los mensajes circunstanciales (Yvette y Roger Caillois, Eugen Millington-Drake, Asdrúbal Salsamendi), las proposiciones literarias (Maggi, Lockhart, Prince Loewenstein, Ángel Flores, Horacio Achával) y las invitaciones y homenajes (Concepción Silva Bélinzon envía un soneto). A la carta de amor de Reina Reyes puede agregarse un mensaje rápido de la reservada Fiona Liddell-Myrtle, y a este, a su vez, los dos billetes esotéricos de Luis Fernández, quien interesa más por lo que oculta que por lo que revela. En la zona de las impresiones duraderas, dos mujeres extraordinarias (Orfila Bardsio y Clotilde Luisi) tempranamente pudieron decir en privado, con claridad, lo que en público se escribía con menor fortuna.

Si la talla de Felisberto Hernández puede medirse por el entusiasmo que se propaga con sus libros, sobre todo a partir de *Por los tiempos de Clemente Colling*, la correspondencia recibida no es menos significativa que aquello que se acumuló en la prensa y para simplificar se llama «crítica». De hecho, algunas de estas cartas le resultaron a Felisberto tan buenas que hizo que se publicasen, en parte o enteras, en diarios de Montevideo. Son, entonces, el origen privado de la legitimación, aunque al ser leídas ninguna sugiere haber sido escrita con semejante propósito notarial. Por el contrario, suelen estar cargadas de emociones y afecto. Las cartas rehacen trayectos que Felisberto recorrió y dejan ver su huella en los lugares donde estuvo. La correspondencia, en suma, vuelve a establecer su lejanía y lleva al escritor más allá de los paisajes, los nombres, los acontecimientos y las suposiciones que lo aíslan en un mundo caprichosamente local y provinciano. Las notas pretenden, con su largo inmoderado, establecer una red para que los documentos, livianos y frágiles, no caigan en el vacío. En lugar de añadir madera al círculo que Felisberto Hernández recorre desde hace décadas, en medio de intrigas y leyendas, el propósito es continuar el camino de las cartas: cruzar fronteras, para empezar, fugar en cualquier dirección.

Ignacio Bajter

Documentos escogidos: 31 cartas de varios autores

Descripción de Virginia Friedman

Archivo Literario

Biblioteca Nacional

1. Lorenzo Destoc. Sin data. [Buenos Aires, 1940]
Carta mecanografiada en papel liso (20,9 x 21,7 cm) con firma manuscrita en tinta negra. Un folio. El texto ocupa una sola carilla.
2. Espacio de América, CX 50, Radio Nativa: Juan Alfredo Busca. Montevideo, 15 de junio de 1942
Invitación mecanografiada en papel liso membretado (22,3 x 27,6 cm) con firma manuscrita en tinta azul. Un folio. El texto ocupa una sola carilla. Sobre membretado (22,7 x 12 cm) y sellado con fecha 16 de junio de 1942.
3. Carlos Mastronardi. Buenos Aires, 16 de julio de 1943
Carta manuscrita en papel liso membretado (22,3 x 28,5 cm). Dos folios escritos en tinta negra. El texto ocupa cuatro carillas.
4. León Benarós. Buenos Aires, 19 de julio de 1943
Carta manuscrita en papel liso membretado (17,4 x 22,7 cm). Tres folios escritos en tinta negra. El texto ocupa tres carillas.
5. Augusto Mario Delfino. Buenos Aires, 2 de febrero de 1944
Carta manuscrita en papel liso membretado (15,9 x 22,7 cm). Dos folios escritos en tinta verde. El texto ocupa las dos carillas del primero y una carilla del segundo.
6. Concepción Silva Bélinzon. Montevideo, 10 de febrero de 1944
Poema manuscrito en papel de carta rayado (21,6 x 28,1 cm). Un folio escrito en tinta azul. El texto ocupa una sola carilla. Sobre membretado (15,4 x 12,6 cm), sin datos.



7. Julio Fingerit. Buenos Aires, 27 de febrero de 1944
Carta mecanografiada en papel liso (22,3 x 15,9 cm), con firma manuscrita a lápiz. Un folio. El texto ocupa una sola carilla.
8. Héctor René Lafleur. Buenos Aires, 25 de marzo de 1944
Carta manuscrita en papel liso membretado (22,4 x 14,2 cm). Tres folios escritos en tinta azul. El texto ocupa las dos carillas del primer y segundo folio y una sola del tercero.
9. Héctor I. Eandi. Buenos Aires, 7 de abril de 1944
Carta mecanografiada en papel liso (22,3 x 28,6 cm). Un folio. El texto ocupa una sola carilla. En el margen superior Felisberto Hernández escribe dos líneas manuscritas con tinta verde.
10. Clotilde Luisi. Montevideo, 15 de abril de 1944
Carta manuscrita en papel liso (22,2 x 28 cm). Un folio escrito en tinta negra. El texto ocupa las dos carillas.
11. Orfila Bardsio. Montevideo, (otoño de) 1944
Carta manuscrita en papel liso (21,5 x 28 cm). Un folio escrito en tinta negra. El texto ocupa ambas carillas.
12. Ramón Gómez de la Serna. Buenos Aires, junio de 1945
Carta manuscrita en papel liso amarillo al frente, con membrete, y celeste al dorso (13,9 x 22,4 cm). Un folio escrito en tinta azul. El texto ocupa una sola carilla.
13. Yvette Caillois. A bordo del vapor Groix, 7 de octubre de 1945
Carta manuscrita en papel celeste (17 x 23,6 cm). Un folio en tinta azul. El texto ocupa las dos carillas.
14. Consejo Británico: Eugen Millington-Drake. Buenos Aires, 15 de enero de 1946
Carta mecanografiada en papel liso membretado (22,3 x 28 cm). Firma en tinta azul. El texto ocupa una sola carilla. Sobre membretado (15 x 12,5 cm), con sello de distribución fechado 17 de enero de 1946.
15. Roger Caillois. París, 13 de noviembre de 1946
Carta manuscrita en papel liso membretado (21 x 26,9 cm). Un folio escrito con tinta azul. El texto ocupa las dos carillas. Sobre membretado (15,6 x 12,5 cm), con sello fechado 13 de noviembre [1946].
16. Luis Fernández. París [1947]
Esquela manuscrita en cartón membretado (5,5 x 11,6 cm). Un folio escrito con tinta azul. El texto ocupa las dos carillas.

17. Luis Fernández. París [1947]
Esquela manuscrita en papel liso (20,8 x 22 cm). Un folio escrito con tinta negra. El texto ocupa una sola carilla.

18. Carlos Maggi. Montevideo, 25 de agosto de 1947
Carta mecanografiada en papel semitransparente (21,4 x 24,5 cm). Un folio escrito en tinta azul, con firma manuscrita en tinta negra y una intervención en tinta al final del segundo párrafo. El texto ocupa una sola carilla.

19. Sir Eugen Millington-Drake. París, 5 de setiembre de 1947
Carta mecanografiada en papel liso membretado (20,5 x 25,5 cm). Un folio, con firma manuscrita en tinta azul. El texto ocupa una sola carilla.

20. Prince Leopold Loewenstein. Londres, 25 de octubre de 1947
Carta mecanografiada en papel liso (20,2 x 25,3 cm). Un folio, con firma manuscrita en tinta negra. El texto ocupa una sola carilla.

21. Carlos Benvenuto. Montevideo, 11 de noviembre de 1947
Carta manuscrita en papel liso plegado (35 x 21,9 cm). Un folio escrito en tinta negra. El texto ocupa las dos carillas.

22. Washington Lockhart. Mercedes, 27 diciembre de 1947
Carta manuscrita en papel carta rayado (21,3 x 28,2 cm). Un folio escrito en tinta azul. El texto ocupa las dos carillas.

23. Prince Leopold Loewenstein. Londres, 4 de junio de 1948
Carta mecanografiada en papel liso (20,2 x 25,3 cm). Un folio con firma manuscrita en tinta negra. El texto ocupa una sola carilla. Al dorso, manuscrito con otra firma (ver documento siguiente).

24. Fiona Liddell-Myrtle [París, 1948]
Esquela manuscrita en papel liso (20,2 x 25,3 cm), al dorso del documento anterior firmado por Prince Leopoldo Loewenstein. Un folio escrito con tinta azul. El texto ocupa media carilla.

25. Esther de Cáceres. París, 16 de junio de 1949
Tarjeta postal (14,9 x 10,3 cm), manuscrito al dorso. Al frente, fotografía de André Leconte (paisaje de Montmartre).

26. Arno Fabbri. Sin data [Montevideo, ¿1950?]
Carta manuscrita en papel cuadriculado (9,3 x 14,4 cm). Un folio escrito con tinta azul. El texto ocupa una sola carilla.

27. Julio Ricci. Gotemburgo, 22 de febrero de 1953

Carta manuscrita en papel carta avión (17,8 x 28,3 cm). Un folio, con membrete y datos postales, escrito con tinta azul. El texto ocupa las dos carillas. Sello con fecha 22 de febrero de 1953.

28. Ángel Flores. New York, 11 de agosto de 1953

Carta mecanografiada en papel liso (13,7 x 21,9 cm). Un folio. Firma manuscrita con lápiz.

El texto ocupa una sola carilla.

29. Reina Reyes. [Montevideo, 18 de agosto de 1954]

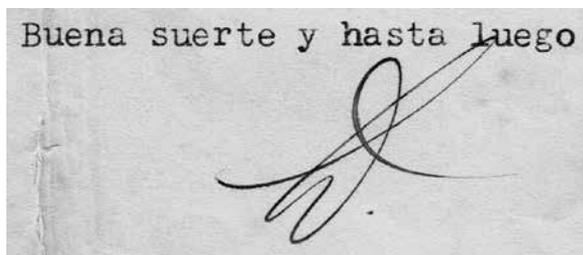
Carta manuscrita en papel de seda rayado (19,4 x 25,6 cm). Un folio escrito con tinta azul. El texto ocupa una sola carilla. Sobre (14,9 x 9,5) sin datos postales.

30. Eudeba: Horacio Achával. Buenos Aires, 29 de julio de 1963

Carta mecanografiada en papel liso membretado (21,7 x 27,6 cm). Firma en tinta azul. Dos folios. El texto ocupa una sola carilla de cada uno.

31. Asdrúbal Salsamendi. New York, setiembre de 1963

Carta(s) manuscrita y mecanografiada en papel liso (21,7 x 27,6 cm). Un folio. El texto ocupa una sola carilla. En la parte superior, Asdrúbal Salsamendi se dirige a Felisberto Hernández (manuscrito, tinta azul), y en el cuerpo central del folio se lee la copia de una carta mecanografiada que A. Salsamendi dirige a un editor.



Del amigo argentino,
Lorenzo Destoc.
De las cartas que le envié
a Felisberto solo se conserva
la que esta selección transcribe,
firmada con la inicial,
con un elegante ritmo de danza.

1
De Lorenzo Destoc
[Buenos Aires, mayo de 1940]

Apuradísimoamente:

Ahí va todo lo que he podido encontrar hasta ahora: de Albéniz unas páginas de la revista *La Guitarra* que tienen bastantes datos sobre la vida «fenómeno» de aquel nene (me da una envidia bárbara); de don Manuel, apenas el programa del Colón cuando nos fajamos «El Retablo» y que tiene algunos datos biográficos y otro programa de un concierto catalán que (si capisca algo el catalán) explica el argumento de varias obras.

Le envío esta pobreza por mandarle algo y porque, si lo necesita para dar conferencias, su cancha le puede sacar jugo. En todas partes me dicen que hay un libro de un crítico español Salazar sobre música española contemporánea y que tiene las biografías en forma; pero está agotado y no hay caso.

Si lo que usted necesitaba era conocer todas las malandanzas de esos individuos, está usted bien fregado con lo que le mando. Sin embargo, voy a revolver bibliotecas y algo caerá.

Al hablar de música hispana no se olvide de nosotros los guitarreros. Especialmente Falla tiene mucha «inspiración» sacada de los rasgueos, síncopas y escalitas de los «niños» flamencos (claro que agregándole algunos berberechos...).

Buena suerte y hasta luego

D

Del “Vasco”, amigo de Felisberto Hernández desde los años 30 y durante toda la vida, no se conoce más que las referencias sucintas y la selección de diez cartas (1939-1943) que ofrece Norah Giraldi de Dei Cas en *Felisberto Hernández. Del creador al hombre* (Montevideo: Banda Oriental, 1975). Pintor como consignó Giraldi, aquí “guitarrero”, Lorenzo Destoc es una figura clave, protectora, durante la gira de conciertos que Felisberto emprende en Buenos Aires a fines de noviembre de 1939 y extiende en “ciudades de la Pampa” hasta, probablemente, setiembre de 1940, cuando llega a Chascomús. Para empezar con inspiración extra aquel último y extenso recorrido de pianista, Felisberto asiste junto a Destoc —como se dice expresivamente aquí— a uno de los conciertos de Manuel de Falla en el Teatro Colón de Buenos Aires, en noviembre de 1939. Esta carta debe ser de mayo de 1940. La fecha se conjetura por las referencias de una posterior, enviada desde Pehuajó, del 5 de junio de 1940, que le escribe Hernández a Destoc en respuesta a esta: “Disculpe tamaño jodienda. Los datos de Albéniz me vinieron de rechupete. Claro que si apareciera un libro, mejor. Parece que seré un eterno pedigüño” (en Giraldi de Dei Cas, *op. cit.*, 115). Para estudiar el programa de músico itinerante, Felisberto también le solicitaba material a su esposa, a distancia. En las cartas que le escribió a ella, Amalia Nieto, desde diciembre de 1939 hasta que acaba



la gira argentina, deja ver lo genuina y afectuosa de la relación con quien será el mediador postal (desde Buenos Aires): “paro, me siento y acuesto en la pieza de Destoc”. El pintor y guitarrero (empleado de una compañía de seguros Sud Americana, ubicada en un edificio de la Avenida Diagonal Norte, en la capital argentina) había comprado un colchón para recibirlo: “conocí el suelo de este país que está increíblemente maravilloso”, le escribe Felisberto a Amalia. Verdadero asegurador de la vida, Destoc lo ayuda a entrenarse como taquígrafo, le pone dinero en el bolsillo, le da consejos, lo estimula como artista. A propósito de las alusiones de esta carta, no se equivoca cuando supone que Felisberto extraerá mucho del material escaso que recibe por correo. Envalentonado por lo que pudo hacer con Albéniz, Hernández le refiere a su esposa las conferencias (1 de junio, desde Villegas) y le propone, juntos, otras: “he pensado mucho cómo podríamos componer actos culturales con conferencias y exposiciones. Pero te vuelvo a repetir que si no te gusta, de lo dicho, nada”. El 4 de diciembre de 1937, en el Teatro España de la ciudad de Melo, habían presentado juntos un programa dividido en una conferencia de Amalia Nieto (“El Greco y los actuales problemas de la pintura”) y un concierto de Hernández al piano.

2

De Espacio de América, CX 50, Radio Nativa, Juan Alfredo Busca Montevideo, 15 de junio de 1942

Espacio de América
Hora de Confraternidad americana
Un ideal de unidad en el éter

Señor

D. Felisberto Hernández

Estimado amigo,

Espacio de América siempre que Ud. no tuviera ningún inconveniente, hemos pensado que nos honre mañana martes con la continuación de su interesante obra *Por los tiempos de Clemente Colling* pues hemos recibido una serie de comunicaciones telefónicas y visitas personales solicitándonos la continuación de tan importante trabajo. Por tal motivo esperamos que nos deleite con su grata presencia.

Aprovechamos la oportunidad de saludar a Ud. rogándole presente nuestros respetos a su distinguida esposa.

Ss.Ss.Ss.

Por «Espacio de América»
Juan Alfredo Busca

Locutor y programador de radio, quien escribe —con licencias sintácticas— estas líneas formales, esta invitación, tuvo membresía en un congreso eucarístico uruguayo (1939) y, probado, colaboró por lo menos una vez con *La Tribuna Popular* de Montevideo. El membrete aclara la función de Juan Alfredo Busca:

secretario de “Espacio de América. Hora de confraternidad americana. Un ideal de unidad en el éter”, programa que dirigía Ignacio de Soria Gowland, amigo de Felisberto Hernández y financiador en 1942, entre otros, según la famosa lista de contribuyentes, de *Por los tiempos de Clemente Colling*. Según el sobre de esta carta, Felisberto vivía en Marco Bruto 1197, Montevideo; la “distinguida esposa” es Amalia Nieto. Acabada la carrera de pianista y definido ya en las artes literarias, Hernández prueba sus atributos orales en público, como narrador, y hace música. Había invertido el espectáculo (ahora se basa en un “programa literario” antes que musical), o bien: había recobrado sus primeras giras con Yamandú Rodríguez, solo que a falta de compañero Hernández hace todo: lee, recita, toca al piano. Esta carta prueba el tamaño de su éxito. Del otro lado, a distancia, estaba lo desconocido. La escritora Paulina Medeiros supo de él a través de la radio, de esta misma estación: “Conocí a Hernández en un homenaje radial, preparado por un amigo: Soria Gowland. Lo aprecié entonces como intérprete y compositor de valía” (Paulina Medeiros, *Felisberto Hernández y yo*. Montevideo: Libros del Astillero, 1982, p. 12). En poco tiempo la oyente se convierte en una mujer importante para Felisberto Hernández en los cinco años que siguen a esta invitación para continuar cautivando al público. Como efecto, pues, de “Espacio de América” llega el amor de Paulina Medeiros, agente literaria natural e inmediata, que le abre a Hernández el paso en Argentina, como se verá en la carta que sigue y en las siguientes.



3

**De Carlos Mastronardi
Buenos Aires, 16 de julio de 1943**

Carlos Mastronardi

Representante del mundo irreal

B. Aires 16-VII-1943

Sr. F. H.

Valioso y noble amigo:

Recién hoy puedo agradecerle el envío de su hermoso libro, en cuya cordial dedicatoria Ud. evoca nuestro encuentro lejano en la lejana Gualeguay, donde me agració de su amistad. Dice Ud., en las efusivas palabras de envío, que me vio «sencillo» y que esa manera de alma no le causó extrañeza cuando, años después, conoció mis poemas. Yo no sé hasta qué punto acierta, amigo estimadísimo, pero puedo asegurarle que me parezco mucho —acaso desgraciadamente— al que Ud. conoció por 1935. Soy casi un humorista, pero creo que es dramática toda sostenida identidad interior, toda continuidad no interferida por los estímulos del mundo externo.

Divagaciones aparte, quiero decirle que esa «continuidad» me permite, de entrada, alegrarme de encontrar a un amigo de sus méritos, después de mucho no encontrarnos en el espacio (como diría Macedonio Fernández),

CARLOS MASTRONARDI

Representante del mundo irreal.

B. River 16 - VII - 1943

S. F. H.

Valioso y noble amigo:

Recién hoy puedo agradecerle el envío de su hermoso libro, en cuya cordial dedicatoria vrd evoca nuestros encuentros lejanos en la lejána Gualeguay, donde me agradecí de su amistad. Dice vrd, en las efusivas palabras de envío, que me vio "seacillo" y que era manera de alma no le corrió extrañeza cuando, años después, conocí mis poemas. Yo no sé hasta qué punto acierta, amigo estimadísimo, pero puedo asegurarle que me parezco mucho - acaso desgraciadamente - al que vrd conoció por 1935. Soy casi un humorista, pero creo que es dramática toda rosteñista y identidad interior, toda continuidad no interrumpida por los estímulos del mundo externo.

Divagaciones aparte, quisiera decirle que esa "continuidad" me permite, de entrada, alegrarme de encontrar a un amigo de sus méritos, después de mucho no encontrarnos en el espacio, (como decía Macedonio Fernández), en conjunción original por un libro excelente, cuyo envío

REPRESENTANTE DEL MUNDO IRREAL. Carlos Mastronardi le escribe a Felisberto y abre la serie de la correspondencia argentina. Un extracto de esta carta, la única del poeta entrerriano en la colección FH de la Biblioteca Nacional de Uruguay, se publicó como "juicio literario" en *El Plata* (Montevideo, 16 de diciembre de 1943).

en conjunción originada por un libro excelente, cuyo envío le agradezco con total largueza de alma.

Aunque experto en errores, creo no equivocarme al decirle que ha escrito Ud. una obra excelente, donde la evocación, más allegada a la gracia que a la solemnidad, nunca es opresiva o pesada. Una gran agilidad, una magnífica fluencia cuyo impulso generatriz nunca perceptible (por fortuna) definen el contenido y la forma de sus tiernas y logradas páginas.

Ud. especula delicadamente con el tiempo, incansable y profundo manantial de poesía. De nobles caducidades se prestigian los libros proyectados hacia el pasado. El sentimiento de lo irrecuperable puebla nuestra intimidad de tenaces fantasmas y, al inquietarnos con esas presencias que tenemos y al mismo tiempo no tenemos, nos mueve a expresar en términos de arte tan dramática oscilación. Claro está que dicha «materia» debe encontrar su forma, su estilo, para alcanzar el nivel artístico. En su libro coexisten la rica temática y los medios adecuados, felices.

Ud. sabe recordar, vale decir, sabe internarse en el misterio crónico, eje de toda creación literaria de alta dignidad y de profundos ecos. Le interesa el simpático Colling, entre otras causas, porque, al rescatarlo en el tiempo, con gran intensidad tiende a rescatarse Ud. mismo. Yo vivo el mismo anhelo, y por eso me detuve en esta frase de su libro: «Algunas noches —muchos años después— tuve el capricho de querer recordar exactamente, dónde y cómo estaba colocado, cómo lo vi por primera vez y qué me dijo al principio».

La infancia es una de las «constantes» literarias de nuestro tiempo. Desde Rousseau hasta Proust, y también después (pienso en A. Fournier y en nuestra Norah Lange), el pasado personal ha demostrado tener mucho porvenir. El tema es esencialmente romántico, pero también inagotable, como todo lo que aspira a lo particular. Sobre «los tiempos de Clemente Colling» no gravita ningún énfasis, ningún entusiasmo ramplón. Ese libro me dice que hay en Ud. un observador agudo y penetrante, a quien no interesan los hechos en tanto que realidades cerradas: le atrae el nimbo que las envuelve y contribuye a darles un aire remoto. No sólo están despojadas de todo romanticismo fácil esas páginas, sino que, además, traslucen una suave ironía, un buen humor siempre afectuoso y aprobatorio del mundo.

Recuerdo con un vivo agrado muchos momentos de su libro. Ahora (es tarde y el periodismo es absorbente) sólo hago memoria del niño que «se veía escondido» ante los ojos del ciego —observación digna de Chesterton y explotable en el mejor sentido— y no quiero olvidar «esa tristeza que dan algunos juguetes ajenos... cuando uno siente que no son lindos y que el otro los ama mucho».

Pero lo que importa en su libro, aparte de su tono evocativo y poético, es el carácter, la arquitectura psíquica del protagonista, a la vez arbitrario,



pintoresco y conmovedor. Ud., seguro captador de realidades inmediatas, le ha dado, a la vez, contorno de verdad y de fábula, tamaño natural y tamaño mitológico.

No trae dicha afirmar que el placer estético se apoya en los variables gustos y las fugaces convenciones: todo quedaría sujeto al mecanismo psíquico del lector. La admisión de esa hipótesis no me impide creer que su libro puede ser leído con deleite en cualquier época.

Lo felicito, amigazo. Y acepte un leal abrazo de

Mastronardi

Esta carta basa el “juicio literario” de Carlos Mastronardi sobre Felisberto en *El Plata*, 16 de diciembre de 1943. Es fundamental por las cualidades de observación y por el lugar en las ideas sobre la literatura —aquí esbozadas— en que coloca a Hernández. La sencillez, de la que habla la carta de Felisberto, como se infiere, es una característica —tanto como la cordialidad más bondadosa— de la correspondencia recibida y de esta selección. En 1943, cuando despacha su correspondencia a Montevideo, Carlos Mastronardi (1900-1976) había publicado *Tierra amanecida* (1926) y *Conocimiento de la noche* (1937), y era un nombre que podía leerse en diarios y revistas. Desde 1937 estaba instalado en Buenos Aires y hacía de extraño nexo entre Borges (que era su amigo desde los años veinte, con el martinfierrismo) y el polaco Witold Gombrowicz, entre el centro estilizado (que representaba *Sur*) y la periferia a veces malhablada. En un balance general, Mastronardi es de los pocos que (considerando la acumulación de tres décadas de alusiones y referencias) no sale tan mal parado en el procaz *Borges*, de Adolfo Bioy Casares, editado por Daniel Martino (Barcelona: Destino, 2006). Felisberto recuerda el año 1935 pero es (según una carta a Amalia Nieto) en junio de 1936 cuando lo conoce en Gualeguay: en esos días también trata por primera vez con el “flaquísimo Ortiz”, el poeta, quien pasará a la historia como “Juan L.”, nombre que Felisberto con los años olvida (“Mándame el nombre completo del poeta Ortiz, el de Entre Ríos”, dice en una carta a Paulina Medeiros, 25 de febrero de 1944, *Felisberto Hernández y yo*, *op. cit.*, p. 53). Ya en el primer párrafo de la carta editada aquí, Mastronardi lanza un planteo: “es dramática toda sostenida identidad interior, toda continuidad no interferida por los estímulos del mundo externo”. Antes de aludir a Macedonio Fernández (y demostrar su propio lado de humorista), Carlos Mastronardi dice la noción que se templea en esos años y será clave tanto en el género fantástico, en lo específicamente literario, como en el sistema en que se basa lo real. Felisberto Hernández plantea la *continuidad* como problema desde sus primeros textos, fragmentarios, y lo hace hasta el final, con “Diario del sinvergüenza”. La escritura es vista —se puede simplificar— como corte, interrupción, incluso mutilación del *percepto* que en la conciencia es continuo, fluido. (Aquí habría que tener en cuenta los términos de Wittgenstein, que desarrollaba en el mismo tiempo sus “juegos del lenguaje”: se debe establecer una distinción entre “el ‘ver continuo’ de un aspecto y el ‘fulgurar’ de un aspecto”, *Investigaciones filosóficas*. Parte II, XI). Ese corte o desvío que crea otra experiencia, autónoma, a la vez continua, se da con las operaciones del lenguaje, y

en la narrativa, con las bifurcaciones del relato. Cuando la escritura persigue, por ejemplo, la memoria, establece una discontinuidad de lo recordado (no hay memoria continua) que en el caso de Hernández acaba en su conocida comedia de la angustia. Lo que Mastronardi comenta acerca de la “identidad interior” es parodiado por Macedonio Fernández en “Autobiografía” (*Gaceta del Sur* 3, Rosario: 1928), un texto que los lectores tendrán a la vista en la edición de Losada de *Papeles de Recienvenido* (1944): “El Universo o Realidad y yo”, así empieza, “nacimos el 1º de junio de 1874 y es sencillo añadir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí, y en una ciudad de Buenos Aires”. Esta carta, que incluye el nombre de Macedonio, es lo más cercano a Borges que existe en la serie: “De nobles caducidades se prestigian los libros proyectados hacia el pasado”, se lee. Lo interesante es que Mastronardi ve que al rescatar a Colling, Felisberto se rescata a sí mismo. El poeta piensa en 1943 que el regreso al pasado, con la infancia como tema, tiene porvenir, y acierta. Mastronardi “traduce”, transfiere ideas que a principios de los 40 comienzan a edificar el tiempo que viene.

4

De León Benarós Buenos Aires, 19 de julio de 1943



371

León Benarós

Abogado

Buenos Aires, julio 19/43

Señor

Felisberto Hernández

Montevideo

Mi estimado Poeta:

Le debía una carta, que recién escribo. He pensado repetidas veces en Ud., al leer su libro, tan hondo y tierno, escrito en el limpio e inocente tono de una serena confesión.

En nada exagera la honrosa y consagratoria carta de Supervielle.

El encanto de *Por los tiempos de Clemente Colling* está precisamente en su desnuda piedad por lo mínimo, en el modo de conjurar el mundo duende de la infancia con las únicas familiares palabras que tan delicada materia tolera.

Finísimas sus teorías sobre el recuerdo. Creo descubrir en alguna parte del libro una voluntad de disquisición al margen que ahonda, aunque mínimamente «intelectualiza» la encantadora sensación de letanía de infancia que su libro despierta. Ud. «vigila» recuerdos: eso es todo. Su lente registra los matices más delicados de la introspección, las mínimas ondas de los movimientos del alma.

Me será honroso dedicarle una nota bibliográfica en *Nosotros* que irá en breve, luego del número ya en prensa.

Mis recuerdos a Paulina Medeiros, a quien debo el honor de una amistad como la suya, y quien con tanto entusiasmo me habló de Ud.

Sigo sus cosas en *Sur*. No deje de escribirme.

Un fuerte apretón de manos de su ya amigo,

León Benarós
S/c José Ingenieros 2743.
Buenos Aires

Agrega, el corresponsal, otro término que contribuye a observar la creación de una poética: la “confesión”. Cuando la carta refiere a “la honrosa y consagratoria carta de Supervielle” se trata del elogio, publicado en *El País* (Montevideo: 12 de enero de 1943), bien guardado por Felisberto Hernández e impreso en la última página *El caballo perdido*. Norah Giraldi de Dei Cas, *op. cit.*, p. 65, sostiene que dentro de *Por los tiempos de Clemente Colling* se encartó un folio suelto con la carta de Supervielle. En la misma página de *Felisberto Hernández. Del creador al hombre*, basada en referencias que había acumulado Felisberto, Giraldi informa que bajo el título de “Opinión de León Benarós” se publica un texto en *El Plata* (Montevideo: el 27 de julio de 1943), pocos días después de que esta carta fuera enviada desde Buenos Aires y pocos meses después de que *Sur* (103, 1943) publicara el cuento “Las dos historias”. Hasta ahora no hay datos que revelen si Benarós escribió su nota bibliográfica en *Nosotros*; si lo hizo no debe ir más lejos que lo que dice aquí. El autor de la carta, poeta, nació en San Luis en 1915 y murió en Buenos Aires en 2012. Además de escribir poesía se dedicó al estudio de la pintura contemporánea argentina, que lo llevó a dar conferencias en el extranjero; compuso para el folclore, el tango, el candombe; se volvió historiador y aparece como uno de los fundadores de la Academia Porteña del Lunfardo. En el tiempo de esta carta, León Benarós publica sus trabajos en revistas en las que también circula Felisberto. Los jóvenes, por esa vía, proponían intervenir la realidad —por la vía perceptiva— para modificarla. En un aspecto nominativo, histórico, su colega y amigo Héctor René Lafleur no olvida en *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967* (segunda edición Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968) que fue Benarós quien bautizó a la “generación del 40”, forjada en revistas y diarios, sucedía a los martinfierristas y de la que ambos formaban parte. Un poco después de esta carta publica *El rostro inmarcesible* (Emecé, 1944). Era un hombre de respeto por lo popular, lo pueblerino: por “el yuyero, por ejemplo, que conoce las virtudes de cada yuyo y arranca la planta como pidiéndole disculpas”, le dijo a J. P. Bertazza (“Radar”, *Página 12*, 20 de julio de 2008). Tenía sentido del humor. Para despedirse, en la misma entrevista, con 93 años, alude al bastón: “No lo uso porque lo necesite sino para parecerme a Borges”. Pudo haber leído, del otro, en 1975, según Bioy Casares: “Estuve con Benarós. Me mandó de regalo un horrible mate de porcelana, con la inscripción *Amistad*. Tiene su mate de la amistad, como la pipa los pieles rojas. Si mirás abajo dice *Made in Germany*” (*Borges, op. cit.*, p. 1325). Desde la década del 40 Benarós era reconocido (por los de *Sur*) como “buen poeta” y a la vez reprochado por su afiliación al peronismo, por su veta nacionalista, de la que Borges se burla.

5
De Augusto Mario Delfino
Buenos Aires, febrero 2 de 1944

Sr. Felisberto Hernández
Montevideo

Mi brillante compañero:

Debo agradecerle a Paulina Medeiros, tan cordial siempre, la comunicación que me acaba de establecer con un espíritu tan interesante como el suyo. Ya conocía su original visión de las cosas: leí, meses atrás, en *Sur*, sus «Dos historias», que despertaron vivamente mi atención. Ahora acabo de leer *Por los tiempos de Clemente Colling* y *El caballo perdido*. Aparte la sugestión del minucioso análisis introspectivo de ese adolescente y de la figura del músico europeo, ¡qué encantadora la pintura de esas casas del barrio del Prado —¿ubico bien?—, que conocí en el Paso del Molino. He leído *Por los tiempos...* en horas en que me hallo inmovilizado por un accidente: esguince de tobillo. Llevo catorce días en una reposera, junto al balcón, frente a la pared del Salvador, al lado de mi hijo de cinco años. En estos días, ¡cuántas veces la conversación nos llevó a Montevideo, al Montevideo que conocí y recuerdo! Y llegaron sus libros. La calle Suárez, que nace en Agraciada —¿no es así?— cerca de la legación argentina; la iglesia de los Vascos, donde oficié de monaguillo —sotana celeste o roja— en las ceremonias del mes de María y esa alusión al mar —aquí debí acostumbrarme a llamarle río—. ¡Qué extraño, para mí, ver otra vez esos lugares conocidos y sentir en ellos a seres de tan rica psicología como el que relata, ese niño con el cual, tal vez, hace veintitantos años pude cruzarme sin «reconocerlo».

No intento, con estas líneas, hablar del valor singular de sus libros, que merece algo más que el ligero juicio epistolar, de cortesía. Quiero, en cambio, con esta carta, hacerle llegar mi simpatía. Y pedirle, si dispone de tiempo para hacerlo, que me envíe algunos datos biográficos suyos para completar mi estimación íntima de su obra. No será trabajo perdido, porque pasarán al archivo de *La Nación*. Le ruego, asimismo, que me indique a qué fecha alude cuando en *Por los tiempos...* dice «hace veinte años». Comprenderá mi curiosidad: escribí y publiqué una serie de cuentos —*Fin de siglo*— en la que evoco, en muchas de sus páginas, al Montevideo que fue entre 1909 —mis primeros recuerdos, contemporáneos del hundimiento del Colombia— y el 1º de agosto de 1914. En sus dos novelas, ¡cuántas imágenes, cuántos sentimientos de aquel tiempo! ¡Qué dichoso me hubiera considerado de haber podido disponer de ese mundo para mis relatos! Pero me advierto igualmente feliz al verlo tan intensamente resucitado —con una vida que yo no habría podido darle— en *Por los tiempos de Clemente Colling* y en *El caballo perdido*. Esas tres longevas, ¡qué relieve tienen y qué



color y qué temperatura de época! ¡Qué bien se mueve su memoria, con qué ritmo, en ese tiempo que va recuperando!

Entre los amigos que han tenido el acierto de publicar *Por los tiempos...* se hallan Yamandú, de quien me acuerdo siempre con mucho afecto, y Soria Gowland, a quien veo constantemente entregado a empresas del espíritu. Me complace mucho ver impresos sus nombres en una página del libro, que guardaré en mi biblioteca, devotamente, seguro de regresar a él.

Mis saludos, que ya pueden ser cordiales.

Augusto Mario Delfino

La afinidad de Felisberto Hernández con el narrador y periodista Augusto Mario Delfino (1906-1961), cuyos votos de humildad en estas líneas no tienen comparación, es notoria. No solo por estar dado a la “geografía de la memoria”, como primera coincidencia, sino por haber conocido bien (y por mantener viva, pasado el tiempo) una zona de la ciudad de Montevideo, cuyo eje secreto y desplazado es la Avenida Joaquín Suárez, que pertenece ya a la imaginación de Felisberto Hernández. En la semblanza que le dedica Luis Mario Lozzia (*Augusto Mario Delfino*. Buenos Aires: Ed. Culturales Argentinas, 1968), se lee: “De entre los primeros recuerdos de toda infancia hay uno, a menudo, que contiene los elementos esenciales del vasto universo subjetivo de la edad adulta. [...] Augusto Mario Delfino narró alguna vez [...] el rastro indeleble que dejó en su atención de niño un cantor de boliche montevideano”. La imagen tiene fecha precisa: 1910, cuando se hunde el vapor Colombia. En aquel boliche, en aquel año, un cantor evoca la Guerra Grande, en la que argentinos y orientales se enfrentan a orientales y argentinos, y eran lo mismo y eran distintos (unos por la “libertad”, otros por la “tiranía”). Las fechas para Felisberto son vagas: si se toma el mito que había construido el pianista ciego, narrado en *Por los tiempos de Clemente Colling*, como competidor triunfante en un duelo de piano ante Camille Saint-Saëns, puede establecerse el año 1904, cuando el francés da un recital en Montevideo, o mejor: 1916, cuando Saint-Saëns vuelve: “actuó en un solo concierto con orquesta, el día 13 de julio, en el que tocó un Concierto de Mozart y su 5º Concierto” (en Hugo Balzo, *Variaciones sobre el mismo tema. Enciclopedia Uruguaya*, 35. Montevideo: Arca, 1969). También Delfino era, como Felisberto, en el tiempo de la carta, un evocador del pasado y un sobreviviente. Había pasado de la crónica roja a las hípicas y luego al fútbol, había cruzado —en lo importante y geográfico— de Montevideo a Buenos Aires en 1922, año de publicación de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, de Oliverio Girondo, que lo llena de inquietud y lo aproxima a la vanguardia argentina, a varias revistas: *Inicial*, *Proa*, *Martín Fierro*. También escribe radioteatro y trabaja en una agencia de publicidad. Muy por lo bajo, circula en antologías del cuento fantástico argentino. “Márgara, que venía de la lluvia”, se acompañó de grandes nombres: Arlt, Borges, Bioy, Mallea, Cortázar, Mujica Láinez. *Fin de siglo*, al que refiere en la carta, se publicó por primera vez en 1938 y tuvo reediciones inmediatas. Es probable que Delfino haya influido para que “El balcón” se publicara, de manera destacada, en el diario *La Nación* (del que era parte) el 16 de diciembre de 1945. A propósito, y ya en sus artes de representante literaria, le dice Paulina Medeiros a Felisberto (carta del 19 de julio

de 1945): “Ayer saludamos a Supervielle. Hablamos de ti. Le dije cuánto había hecho Delfino por mover tus cuentos” (*Felisberto Hernández y yo, op. cit.*, p. 114). Mover, en este caso, unas páginas en dirección del despacho del director del suplemento cultural de *La Nación*, Eduardo Mallea, quien acepta “El balcón” y felicita al autor en una carta que no se encuentra en la colección Felisberto Hernández de Biblioteca Nacional de Uruguay —en adelante “colección FH”— y en la que dice que es “muy grato ofrecer a los lectores un relato de esa calidad, tan denso de sentido y poesía” (citado por J. P. Díaz en *Felisberto Hernández: el espectáculo imaginario, op. cit.*, p. 180). Continúa Mallea en el extracto de Díaz: “Desde que recibí sus dos libros me sentí solidario de ese tipo de arte tan poco común”.

6

De Concepción Silva Bélinzon Montevideo, 10 de febrero de 1944

Para el «Caballo Perdido»
de Felisberto Hernández
Febrero 10-944

Para alcanzar el río de la luna...
junto a los altos árboles te meces;
mojado en su raíz tu verbo ofreces
de nácar dilatado sin laguna.
Imágenes de talla inoportuna...
en vientre de la tierra trece veces,
desfile escintilante fortaleces
invasión de principio que te aduna.
Presencias evocadas sin herida;
arcos obsesionados que regresan
renovando tu lámpara perdida.
Quebranta tentativas de bazares;
canción de multitud amanecida
tu recuerdo inclinado entre los mares.



Concepción Silva Belinzon
Lindoro Forteza 2659.

La única referencia del sobre que guarda el poema es un membrete del Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica, Montevideo. Habría que adivinar en qué circunstancias (de lectura o de escucha) la poeta Concepción Silva Bélinzon (1903-1987) escribe este soneto en homenaje no a un libro ni a una historia sino a una imagen, un carácter, un símbolo de *El caballo perdido*. En medio de la correspondencia conservada por Hernández, los versos de Silva Bélinzon hacen ver cómo en estos años comienza a replicar Felisberto Hernández en otros artistas, en otros géneros, en otras artes. Más o menos por estos años, el arquitecto Ramón Menchaca había hecho una cabeza de Felisberto en barro

cocido que ahora se conserva en la Biblioteca Nacional de Uruguay y puede considerarse (descontando la inspiración que despertaba en Amalia Nieto) la primera gran muestra, por el material, de homenajes de otros artistas, cercanos (Menchaca tenía amistad con varios de los financiadores de *Por los tiempos de Clemente Colling*, sobre todo con Joaquín Torres García, a quien le proyectó la casa de la calle Caramurú en Montevideo, y también con el escultor Yepes). El poema enviado por Silva Bélinzon a la manera de carta en mano, no forma parte del premiado *El regreso de la samaritana* (Montevideo: Meridión, 1945), al que siguen *La mano del ángel* (*idem*, 1945), precedido de un comentario de J. Supervielle, *El plantador de pinos* (1947) y *Amor no amado* (1950). La poesía de Concepción Silva Bélinzon se extiende durante las décadas siguientes, en la que recibe premios, entre ellos el Susana Soca (1968) otorgado por la Universidad de la República. De 1981 es la *Antología poética* que hicieron Marosa di Giorgio y Claudio Ross, un libro en cuya contratapa se leen comentarios de Jules Supervielle, Oliverio Girondo, Ramón Gómez de la Serna, Liber Falco. Importa menos esta relación nominal, de afinidades con Felisberto, que aquella que puede establecerse con la lectura del prólogo de Arturo Sergio Visca, quien reconoce la nitidez, el fluir de la conciencia ordenado por “la aprehensión directa del ritmo vivencial” y, fundamental, una expresión poética “naturalmente despojada de todo artificio retórico”. Esta última es una coincidencia que la crítica señala en otros escritores de esta selección de cartas.



7

De Julio Fingerit Buenos Aires, 27 de febrero de 1944

Buenos Aires, Febrero 27 de 1944.
Señor Felisberto Hernández.

Distinguido colega:

Remitidos por H. Silva, Contaduría General Correo Central Montevideo, he recibido dos obras de usted: «El caballo perdido» y «Por los tiempos de Clemente Colling»; y no le he escrito a usted antes, para acusar recibo de ellos, porque prefería hacerlo cuando ya los hubiera leído: y así lo he hecho ahora, en mis vacaciones; y le estoy agradecido a usted por haber escrito estas obras, gracias a las cuales, a más de pasar varias horas fascinantes, he conocido la existencia casi vecina de un gran escritor.

Le saluda cordialmente

Julio Fingerit

S/c. Moreno 2256. Buenos Aires.

Debajo de la comprimida firma “H. Silva” debe estar, muy probablemente, la madre de Felisberto Hernández, Juana Hortensia Silva. Por lo menos una vez, entonces, se documenta que “Calita” contribuye a la difusión personal, postal y estratégica de la obra reciente de su hijo. La respuesta de Julio Fingerit (1901-1979) no va más allá de un abreviado saludo. Marca, quizá, el comienzo de la

amistad de Felisberto Hernández con “los Fingerit” (como se lee en la correspondencia con Paulina Medeiros), originarios de La Plata. A la luz del ejemplar intonso de la obra *Memorias con variaciones* que guarda, en Buenos Aires, la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Julio es un poeta malogrado. Se puede decir, de otra manera, que la historia ha depurado su poesía. Julio Fingerit también escribió ensayo (*Un enemigo, Realismo*), cuento y novela (*Destino, Eva... , Mercedes*). Como su hermano menor Marcos Fingerit (1904-1979), y en cierto punto como Felisberto, mantiene una actividad intensa en los años 20 (por el lado político, dirige *Revista del Pueblo*), parece tomar otros rumbos en los 30 antes de volver (a fines de la década) a tomar impulso en Buenos Aires, donde es bien recibido por varias revistas. En los años 50 su presencia cae; ya se ha dicho el destino de su obra poética, publicada en 1968. En los años que Julio le escribe estas líneas a Felisberto y lo bautiza como vecino “gran escritor”, los Fingerit forman parte de los círculos en los que Felisberto es bien recibido, apreciado. En esta nota me interesa señalar a Marcos Fingerit, a quien Macedonio Fernández llamaba “mi resucitador”. Poeta, impresor, traductor, Marcos era conocido por su aporte a *Fábula* y por sus cuadernos y revistas (ediciones Hipocampo, ediciones M. F.) de La Plata. Es un autor que a Alberto Fernández Leys, el único que intenta repararlo en extenso, se le escapa de las manos: en *Tres poetas y dos narradores argentinos* (La Plata: Edición Municipalidad de La Plata, 1963), Leys dice algo importante fuera de la retórica con la que envuelve su ensayo: Fingerit, en sus libros, separados por años de silencio, “eludió el retoricismo metafórico”. A fines de los 20 se lo leía en Uruguay. Con *Antena* (1929) vincula a las artes plásticas, gráficas y tipográficas de vanguardia: la tapa de aquella edición (que tiene un toque ruso, al estilo El Lissitzky) parece hecha por Luis Fayol, amigo uruguayo de Felisberto Hernández en aquel tiempo (véase, para tener una idea visual, el trabajo de Rodrigo Gutiérrez Viñuales, *Libros argentinos. Ilustración y modernidad, 1919-1936*. Buenos Aires: Cedodal, 2014). Marcos Fingerit trabaja por el espíritu de las revistas literarias: en 1941 cuida “una de las más bellas”, *Teseo*, y dirige los dos números de *Movimiento*. Junto a su esposa Elena Duncan visita Montevideo en febrero de 1944, cuando se encuentran con Felisberto (*Felisberto Hernández y yo, op. cit.*, pp. 92-95). En enero de 1946 trata, a través de una correspondencia mínima, de acercarse a José Pedro Díaz y a Amanda Berenguer, a quienes llama “camaradas en Poesía y cofrades de ‘La Galatea’” en la dedicatoria de la minúscula edición de *Sonetos místicos* de (La Plata: 1943).



8

De Héctor René Lafleur Buenos Aires, 25 de marzo de 1944

Héctor René Lafleur

Mi estimado amigo Felisberto Hernández:

Permítame que lo llame mi amigo; ya lo es, sin duda, no sólo por lo espontáneo y generoso de su gesto al enviarme sus hermanos libros, sino por la proximidad de preferencias, de rechazos, de afinidades que en personalidad me expresa a través de esas páginas tan puras, tan verdaderas y

nostálgicas de un mundo que (a mi modo y con diferencias que es obvio discernir) comparto y vivo también.

El caballo perdido es un libro en el que se ha captado no sólo el universo en sí de todo lo primitivo y virgen, sino su tremenda resonancia, tan difusa, siempre tan inaprehensible, acumulada allá en los laberintos de la infancia y desde allá dirigiendo sin cesar el devenir de la existencia. Usted lo ha hecho inmejorablemente. Es difícil —y esto no se lo digo con ambición de vaticinio subestimativo— que vuelva usted a repetir un libro así; quiero decir: la necesidad de su arte está cumplida ya en cuanto a ese misterio del tiempo inmóvil y sin embargo ido que le permitió a usted esa dichosa aventura que es la infancia.

Hay en las páginas de *El caballo perdido* y en las de *Por los tiempos de Clemente Colling* esa serena belleza que tiene la tristeza más auténtica en arte, aquella tristeza de «los tristes» que reclama Neruda para pertenecer verdaderamente a la poesía.

Imagino esa grave criatura de ojos terriblemente abiertos que transita por todo un mundo profundamente dormido y rasgando la piel del sueño con una voz que le ha sido necesario recuperar quién sabe con qué arduo trabajo. Es este enorme, este sin par trabajo que hace el escritor el que lo salva, el que lo consuela del espanto numeroso que ve.

Usted tiene una fuerza poderosa para devolver la vida a todo aquello que la tiene como desvanecida por las pesadas presencias que irrumpen torpemente en lo inmediato del vivir.

Lo felicito por ese mundo que nos descubre.

Le envío mis dos libros. He querido expresar en ellos esa parte secreta de la realidad de lo cotidiano y de siempre que como un lento horror, forma la urdimbre del tiempo que marcha. Deseo que ellos sean gratos a su fina sensibilidad.

Escribame usted. Agradezco de corazón a mis queridos amigos Marcos Fingerit y Elena Duncan el haberme dado la ocasión de conocerlo.

Estrecho sus manos con la más cordial amistad

Héctor René Lafleur

Buenos Aires

Marzo 25 de 1944.

S/c. Escalada 235, dep. B. Cap. Federal. Rep. Argentina.

En el tono amistoso de la cartas que anteceden a esta, cercano y sin formalidades y por eso diferente, Héctor René Lafleur (1916-?) en la primera línea lo llama “amigo” y de inmediato refiere a “la proximidad de preferencias, de rechazos”, que suponía (es razonable) común con Felisberto. Esto es común con otros correspondientes argentinos, amigos de Lafleur (Benarós, los Fingerit, Delfino, Mastronardi, Adolfo de Obieta). Repara en la voz del narrador de la historia de Colling, y de su resonancia, pues tiene oído de cuentista y así podía escribir

frases de largos períodos. La memoria de Lafleur no llega hasta ahora por su obra narrativa (Emecé publicó *La ventana mágica*, en 1942, y *Fábulas contra el fragor de los días*, en 1948, que se suman a ediciones artesanales, minoritarias), sino por su actividad como hacedor de revistas literarias de los años 40, en Buenos Aires. Para empezar, colabora con *Movimiento* (“literario, artístico, científico”), que duró solo dos números (julio y agosto de 1941), dirigida por Arturo Cambours Ocampo y Marcos Fingerit y en la que colaboran varios escritores —destacaría a Macedonio Fernández y Ramón Gómez de la Serna, J. R. Wilcock, Martínez Estrada— que aparecen en la trama de las notas. Con jóvenes afines, Héctor René Lafleur cofundó la revista *Contrapunto* y figura como secretario en el número 1, de diciembre de 1944, y en los siguientes. La publicación duró 6 números, el último es de octubre de 1946. Felisberto publica en el N.º 1 un fragmento de “Tierras de la memoria”, y en el 4 (1945) “Historia de un cigarrillo”, de 1929, textos que había enviado junto a otros, en octubre de 1943, a sus amigos de La Plata (*Felisberto Hernández y yo, op. cit.*, p. 81). La operación de incluirse en una literatura comporta varias opciones, varios registros y épocas. Los argentinos toman de Hernández, y *Contrapunto* es un ejemplo, los dos caminos conocidos: uno autobiográfico y otro cercano a la vanguardia. Así las cosas, Felisberto se ubica en la Argentina con un texto que estaba escribiendo y con otro, anterior, que tenía 15 años. Lafleur (el “amigo espontáneo” de Felisberto, según lo llama Medeiros) con el tiempo se convierte en un investigador de referencia en la historia de las publicaciones periódicas de su país. Con Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, publica *Las revistas argentinas, 1893-1967*, obra de referencia, un proyecto de investigación con sucesivas ediciones. Allí dice los propósitos de *Contrapunto*: “introducir cierto equilibrio, algún orden elemental que permitiera vernos cómo somos, qué tenemos, qué podemos guardar y qué rechazar por encima y más allá de tanta gresca intrascendente y suicida”. Entre los uruguayos que colaboran (Carlos Denis Molina, Luis Gil Salguero, Juan Cunha), Lafleur se queda —en la memoria— con Felisberto Hernández. En *Contrapunto* había “una actitud nueva arrojada sobre el tapete de esos años; es evidente que aparecería postulando un nuevo punto de mira dentro de las corrientes de la literatura joven. (...) en *Contrapunto* la tesitura trascendía la obra individual de cada uno para proyectar el esfuerzo hacia una toma de conciencia de nuestro meridiano intelectual.” Esto se vincula directamente a *Papeles de Buenos Aires* (1943-1945), a la “atmósfera engendrada por Macedonio”.



9

De Héctor I. Eandi
Buenos Aires, 7 de abril de 1944

Buenos Aires, abril 7/1944
Sr. Felisberto Hernández.
J. M. Blanes 1138
Montevideo

Le agradezco muy de veras sus libros *El caballo perdido* y *Por los tiempos de Clemente Colling*, que para mí han sido toda una revelación:

Ignoraba completamente la existencia de su literatura, cosa que nos pasa muy orondamente a los escritores de esta parte del planeta, cuando se trata de «complementarios».

Sus obras me han interesado muy de veras, por lo originales y por lo cargadas que están de un sentido misterioso emanado de la más simple y cotidiana realidad. Ahí está el secreto de lo misterioso de su obra. Usted parece haber descubierto el fino resquicio entre la realidad y la fantasía, y ha hallado cómo deslizarse cómodamente por él; ya ubicado en ese entre-mundo, le ha sido posible ver y describir cómo las cosas se convierten en sueño: ya otras sin dejar de ser las mismas. No me refiero, desde luego, al sueño de dormir, ni al de soñar durmiendo, sino a ese otro de ojos abiertos y conciencia lúcida, en que el alma se hace permeable a las cosas, y las trasciende.

Le agradezco mucho sus libros y le hago llegar mi congratulación por la calidad poco común de la obra. Cordialmente,

Héctor I. Eandi



“De Héctor Eandi, recientemente premiado por la Municipalidad de Buenos Aires”, escribe Felisberto Hernández de puño y letra en la parte superior del folio. Es la manera, ingenua, de subrayar que le escribe un escritor aceptado. En el prólogo a *Pablo Neruda-Héctor Eandi. Correspondencia durante «Residencia en la tierra»* (Buenos Aires: Sudamericana, 1980) Margarita Aguirre, que lo admiraba, dice sin encanto: Eandi “es, durante casi toda su vida, un eficiente empleado de una compañía sueca” (16). Conquistado el tiempo fuera del trabajo, según otros documentos, hace tareas múltiples (crítica de cine y literaria en revistas, por ejemplo). En 1945 Héctor I. Eandi (1895-1965) había obtenido, como le consta a Felisberto, el premio municipal de literatura y el primer premio regional de la Comisión Nacional de Cultura por *Hombres capaces*, de 1944, libro que lleva por subtítulo “Hombres de la campaña bonaerense” y está dedicado a Horacio Quiroga. En los cuentos repara en la naturaleza, la enfrenta como a un organismo temporal que es tan fértil como pudrible. La tierra es el lugar donde algo crece como una planta y puede tomar una cualidad que comparten las mujeres y los hombres: “La tierra estaba cansada: había sido demasiado explotada al modo humano y se negaba a seguir trabajando. La tierra tiene una forma particular de negarse a trabajar: trabaja a su modo”. Eandi, felisbertiano, coloca este tipo de observaciones en un paisaje de provincia, rural a veces, semi-rural casi siempre, y también es afín a Hernández por habitar la misma región y por saber oír nombres y apodos (con los que crea sus personajes) que el uruguayo conocía bien por sus giras argentinas. Donde Eandi se vuelca hacia afuera —con la descripción del paisaje— Felisberto se repliega. Al compararlos queda claro por qué uno perdura cuando el otro (ligado a la morosa observación, a un paradigma anterior a la “modernidad” de los 40), se pierde en lo informe del pasado. En 1944 Emecé hace competir los cuentos de *Hombres capaces* con *Los mejores cuentos policiales*, recopilados por Borges y Bioy Casares. Eandi, en 1928, como él mismo precisó, le dio

a leer a Borges poemas de su amigo y corresponsal Pablo Neruda (“dijo que en sus versos hay algo de mágico”, dice en una carta al chileno radicado por entonces en Asia, en Rangoon, Birmania). Eandi comenzó a cartearse con Neruda después de publicar una reseña en la revista *Cartel* de Buenos Aires, en 1926. En el año 1933 está vinculado a Uruguay, al menos con Carlos Sabat Ercasty, y en los 20 había publicado *Pétalos en el estanque* (1924) y *Errantes* (1926).

10

De Clotilde Luisi Montevideo, 15 de abril de 1944

Señor Felisberto Hernández

Estimado amigo,

Recibí sus libros en momentos de ponerme en viaje para La Tuna, en donde permanecí hasta hace unos pocos días. Allá me los llevé y allá los leí. Me han quedado mucho, particularmente *El caballo perdido*. Encuentro en esta narración grandes condiciones para la observación introspectiva y diría —si no le temiese a las palabras ya demasiado manoseadas— para el psicoanálisis. En todo caso algo muy fino y pleno de poesía y de ternura. Su investigación de los resortes ocultos, o más bien, que se ocultan, que el hombre, de ordinario esconde a la mirada de sus propios ojos, y se niega a contemplar de frente — está llevado a un extremo sutil de exfoliación que agota y revela las últimas razones móviles de la acción y dan vida al pensamiento y calor a la imaginación. Algo así como si Ud. hubiera estado deshojando la corola de su propio yo. Ud. o el socio, el otro yo. El escritor, en este caso.

Tal hondo subjetivismo no ha sido aún cultivado entre nosotros. Sería interesante que Ud. ahincara en él, ya que con tanta gracia lo hace, y nos diera mañana una obra de aliento más amplio y vigoroso, en la cual pudiéramos hallar solaz y valorar en toda su fuerza esas sus singulares dotes de fino analista y sus grandes condiciones de narrador.

De Ud. afectuosamente

Clotilde Luisi

15-4-44

Con un comentario rápido, con una lectura de playa (en La Tuna, Canelones), Clotilde Luisi (1882-1969) expone algunos aspectos insoslayables de la poética de Felisberto Hernández que también eran preocupaciones propias: “En *Regreso y otros cuentos* (1953), publicado en Madrid, Clotilde Luisi trabaja con lo fantástico, especialmente en el enfrentamiento de la personalidad consigo misma, buceando en los aspectos más verosímiles de ese mundo irreal que logra crear en sus cuentos”, dice Hugo Achugar en la entrada de la autora en *Nuevo Diccionario de literatura uruguaya*, de Alberto Oreggioni



(Montevideo: Banda Oriental, 2001). En 1944 Hernández escribía lo que Clotilde Luisi deseaba, y tal vez por eso sabía que en Uruguay no había antecedentes del “hondo subjetivismo” y por eso le reclama al futuro una obra “de aliento más amplio y vigoroso” que *El caballo perdido*. Ella escribió, además de textos de derecho, sobre artes plásticas, publicó poemas y tradujo —al final de su vida, instalada en Roma— a jóvenes poetas italianos. En *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967*, a Héctor René Lafleur y los otros autores no se le pierde su nombre entre los poetas de la primera antología del ultraísmo, publicada en *Nosotros* (160, 1922), en la que Luisi comparte el índice con Borges, Norah Lange, González Lanuza y otros (ahora poco frecuentados) escritores. Estos poemas, y acaso los que publica Luisi años después en *La Pluma*, le alcanzan a Guillermo de Torre para apuntar a la escritora como representante uruguaya del ultraísmo. A la altura de esta carta, Clotilde Luisi venía de publicar ensayos sobre Paul Éluard y Rafael Barradas en *Alfar*.

11

De Orfila Bardesio Montevideo, otoño de 1944



382

Sr. Felisberto Hernández:

Después de tanto tiempo que Ud. me dedicó su libro, le escribo para agradecerle su fuerza.

Maia y yo íbamos a leerlo en un hotel cerca del mar durante las lluvias que cayeron expresamente para que Ud. nos enviara su «Caballo Perdido».

Y yo quedé encantada con el nuevo sentido que Ud. dio a «la incursión en lo inconsciente» sin sobresaltos ni pretensión psicológica pura, sino con autoridad consciente y sin olvidar el misterio.

Quedé encantada por su modo de tratar las destrucciones de lo convencional en la novela, por su dedicación a «los trozos» del análisis, a los cuales rodea de atención hasta descubrirlos.

Creo que los medios artísticos que Ud. ofrece a sus recuerdos para que encuentren una forma perfecta de muerte, fijan su posición para grandes novelas.

Yo le agradezco particularmente tantos hallazgos poéticos y sobre todo, aquellos semejantes a «una idea de magnolias», aquel jardín inolvidable sobre los muebles.

Le agradezco los tonos extraños, el agua en que se mueven las sensaciones y las percepciones corporizadas.

Y le pido disculpas por haber hecho un silencio tan prolongado.

Con mi afición más delicada y respetuosa,

Orfila Bardesio

En Otoño, 1944.
Beyrouth 1339, Carrasco.

P.D. ¿Entregaría Ud. a Jules Supervielle un fervoroso recuerdo de mi parte? — Se lo agradezco mucho.

Como para ella todo pasaba de prisa (era precoz), los meses que separan la dedicatoria del ejemplar de *El caballo perdido* del envío de esta carta (menos de un año), es “tanto tiempo” que merece alusión al principio y disculpa al final. Orfila Bardesio (1922-2010) había publicado *Voy* con 18 años, poemario que la llevó a ser presentada en el ciclo de “Arte y Cultura Popular”, en el Paraninfo de la Universidad, probablemente con solemnidad y engolamiento por el inapelable Alberto Zum Felde, quien más tarde le haría lugar a Felisberto Hernández en el canon literario uruguayo. Como en la carta anterior, de Clotilde Luisi, Bardesio dice a su manera, con delicadeza y sencillez, lo que comienza a ser un problema para los críticos de Felisberto, desde aquel tiempo a esta parte: “incursión en lo inconsciente”, “destrucción de lo convencional”, “análisis”, “medios artísticos”, “sensaciones y percepciones corporizadas”. Antes de esta carta Orfila Bardesio había publicado *La muerte de la luna* (Fontefrida, Buenos Aires: 1942) y frecuentaba el salón literario, la casa del Palacio Salvo que tenía a la señora María V. de Müller como anfitriona, a quien Orfila trató con familiaridad. Allí recita en 1945 “Poema”, oído por Asdrúbal Salsamendi, quien ya había hecho migas con Felisberto Hernández y hará (por su cuenta) de alfombrilla y umbral en la entrada de este en el mundo anglosajón (ver notas 14 y 31 de esta serie). Salsamendi se conmueve por la lectura de la joven Orfila Bardesio y le pide el original, con el que se compone la plaqueta de 1946, *Poema*, que Idea Vilariño juzga como “uno de los acontecimientos poéticos más importantes del año”. Idea Vilariño en *Clinamen* (2, Montevideo: mayo-junio de 1947, pp. 60-61), le reconoce el valor de “ciertos juegos difíciles de calidad y existencia con cosas animadas e inanimadas”, que en esta carta se manifiestan en la imagen de “el jardín inolvidable sobre los muebles”. Idea lamenta la introducción de Jules Supervielle, amigo de Orfila, y toma dos versos de *Poema* (“*Cuando me desperté el tallo de mi pecho / era de plumas y mi raíz flotaba*”) para decir que la “transmutación del que canta en el objeto del canto se ha realizado en forma total. A eso ayudan factores como el empleo de la primera persona, pero sobre todo y en primer lugar, un profundo amor, comprensión, ternura por las cosas y los seres, una vibración espiritual, intelectual, física...”. Las afinidades con Felisberto Hernández son evidentes. Hay una referencia al salón de María V. de Müller porque debió ser el punto de la ciudad más importante para la sensibilidad de Felisberto Hernández, un enclave que cruzaba música y literatura. “Sin espíritu de capilla, el salón del Palacio Salvo sirvió de vehículo a la información y el cambio de ideas, de nexo entre generaciones y tendencias”, dice Julio Bayce en “Palacio Salvo 741. Crónica testimonial” (*Maldoror*, 16, Montevideo: noviembre de 1981, p. 38). Estaban Mario Radaelli, el pintor que había reparado en Felisberto y había hecho una de las primeras caricaturas que se conocen (Hernández

junto a Venus González Olaza, publicada en *La Gaceta* de San Ramón, 513, 14 de noviembre de 1935), y Lauro Ayestarán, que escribió la crítica más valiosa (tal vez la solitaria crítica *stricto sensu*) de Felisberto Hernández como compositor e intérprete (*El Bien Público*, Montevideo: 1 de agosto de 1935). El Palacio Salvo 741 también era lugar del psicólogo polaco Waclaw Radecki, por quien Hernández se había interesado a través del doctor Alfredo Cáceres. Demasiadas relaciones, demasiados nombres (cabrían otros) ocupan segmentos de la historia intelectual en la que convendría observar, fuera de las repetidas anécdotas, los movimientos de Felisberto. Con relación a “Arte y Cultura Popular”, en cuanto al gran salón montevideano de la señora Müller, Hernández es una figura contrastante, marginal, excéntrico a la sociedad del arte: como escritor, sin dudas; como músico, igual: el piano lo ocupaba Hugo Balzo, a quien Hernández apreciaba.

12

De Ramón Gómez de la Serna Buenos Aires, junio de 1945



384

Ramón Gómez de la Serna
Buenos Aires
Victoria 1970
Tél. 47 - 4775
Junio 1945

Sr. D. Felisberto Hernández,
Mi querido y admirado amigo:

Ni aun no viendo a nadie ni escribiendo a nadie puedo respirar en mi labor. Por eso he tardado en enviarle mis libros y en escribir estas cortas letras.

He leído con delectación sus novelas llenas de confidencias profundas y en las que hay una manera original de recordar con tan nostálgicos matices, que tanto a mi mujer como a mí, nos han encantado.

De sus cuentos he preferido «El balcón», en el que la sorpresa se empostra en un destino con su buen golpe final.

En el caminar por vías paralelas de los que aspiramos a un más allá sin fin, es en lo único que encuentra compensación de compañía el escritor cuando se encuentra a un escritor como usted. Téngame por su muy devoto

Ramón

Mis saludos afectuosos a Paulina Medeiros.

Rápido, sofocado, ágil y con un hipérbaton final se despide Ramón Gómez de la Serna (1888-1963). Los veinte volúmenes de la edición monumental

de Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, proyecto concluido en 2014, y la dimensión de su archivo conservado en la Biblioteca Hillman de la Universidad de Pittsburgh, dan idea de la labor en la que estaba Gómez de la Serna al momento de escribirle a su afín colega uruguayo. Esta carta es la única de Gómez de la Serna que se guarda en la colección FH. Es desconocida la ubicación de las líneas, del “juicio epistolar” que Felisberto había registrado bien, con esa síntesis ramoniana siempre citada: “gran sonatista de los recuerdos y las quintas”. La carta que aquí se publica, escrita en papel amarillo, es —con su cortesía y su opinión transparente— otro apoyo de valía para Felisberto dada la ubicación de Ramón en el tablero de las relaciones literarias iberoamericanas. Entre uno y otro (donde cabría la figura de Macedonio Fernández) hay semejanzas, paralelos perceptivos que conviene examinar. *Trampantojos* (Buenos Aires: Orientación Cultural Editora, 1947), por poner un caso, es comparable a los temas más acuciantes para Felisberto, vinculados a la mirada y al mundo, a la sobrevivencia y el comercio, al cuerpo y las vidrieras, a los anuncios y la publicidad, la invasión escrita en la mente. En 1945, cuando Ramón escribe esta misiva, ambos miran en la misma dirección. Después del elogio (si se acepta que el “juicio epistolar”, siempre citado, es anterior a esta carta) Felisberto mantiene el vínculo con Ramón y le envía inéditos, como queda aclarado aquí, entre ellos “El balcón”, que el público conoce recién el 16 de diciembre de 1945 en *La Nación*. Entre las “vías paralelas” a las que alude Gómez de la Serna hay que suponer revistas: *Papeles de Buenos Aires*, *Contrapunto*, *Anales de Buenos Aires* y otras, diversas, de distinto calado que los reúne. Conexiones, libertad, alianzas periféricas, historia literaria. El dominio argentino, en el que Gómez de la Serna y Felisberto se mueven como extranjeros, era ya “macedónico” o macedoniano, con irradiación desde La Plata y Buenos Aires. Ramón Gómez de la Serna llama a Macedonio, en *Retratos completos* (Madrid: Aguilar, 1961, p. 390), “el gran hijo primero del laberinto espiritual que se ha armado en América y hace metafísica sosteniéndola con arbotantes del humorismo, toda una nueva arquitectura de metafísica que, como se sabe, solo es arquitectura hacia el cielo”. Macedonio Fernández decía que Ramón lo “nació”. Felisberto pudo sentir lo mismo (el nacer) al leer el contenido del papel de color membretado con el nombre de Ramón Gómez de la Serna.



13

De Yvette Caillois 7 de octubre de 1945

A bordo del vapor *Groix*. 7 de octubre. 1945.

Señor Felisberto Hernández,

Mi marido, Roger Caillois, al dejar la Argentina con la misión francesa Vallery-Radot, no tuvo tiempo de contestarle carta que Ud le envió el 24 de abril, y me encargó le avisara de su salida tan repentina.

No le escribí yo en seguida, porque no sabíamos todavía si la revista podría seguir apareciendo en su ausencia. Desgraciadamente, no fue posible arreglar las cosas en ese sentido, así que el cuento de Ud no va

poder aparecer en ella. Sin embargo, me lo llevo conmigo a Francia, y allá veremos si hay alguna posibilidad de publicar en una revista francesa.

Mi marido espera conservar relaciones con Ud, y piensa verlo cuando regrese a la Argentina. Es posible que sea dentro de algunos meses. La dirección de él en Francia es la siguiente:

M. Roger Caillois
2, Rue Parmentier,
Vitry-Sur-Seine (Seine)

Le saluda muy atte.

Yvette Caillois

De soltera Yvette Billod (1914-2008), Yvette Caillois vivía en Buenos Aires desde 1941 como traductora y asistente de edición en los proyectos franco-argentinos de su esposo, Roger Caillois. Tan interesado en la obra de Felisberto Hernández como su amigo Jules Supervielle, R. Caillois (véase nota 15) había dejado en suspenso algunos trabajos al salir de Argentina poco antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. El 1 de julio de 1945 le envía a Victoria Ocampo noticias desde Chile (se queja de la pose de Pablo Neruda), el 4 saluda desde Perú, a fin de mes está en New York (“en el avión me enteré de la muerte de Valéry”), y en agosto llega a Europa (V. Ocampo/R. Caillois, *Correspondencia, 1939-1978*. Prólogo, selección y notas de Odile Felgine. Buenos Aires: Sudamericana, 1999). En la carta de Felisberto del 24 de abril, referida aquí, seguramente Hernández acepta los términos de publicación en *Lettres Françaises*, a la que alude Madame Caillois, proyecto editorial de la resistencia cultural y política durante la Segunda Guerra, libertaria a la francesa. En una carta anterior a esta, del 14 de abril de 1945, conservada en la colección FH, Roger Caillois le aclara a Jules Supervielle (intermediario, quien le reenvía la carta a Hernández) que las ediciones de *Lettres Françaises* no se interesaron jamás ni en lo mínimo por el aspecto comercial, de lo cual se infiere que Hernández quiso saber si pagaban por los derechos de autor. Con el mecenazgo y patrocinio de Victoria Ocampo, *Lettres Françaises* funcionaba como *Sur* (revista y editorial), desde el formato y el tipo de papel al aspecto visual, a la elegancia austera del diseño que a su vez *Sur* imitaba de la gráfica francesa. Los libros se publicaban con el sello de la colección “La porte étroite”, título homenaje a André Gide. Cuando Yvette Caillois le comunica a Hernández, en el barco que la devuelve a Francia, que la revista no se publicará con Roger Caillois en Europa, este planeaba (se lo comenta a Ocampo) un poderoso y excitante número antológico “de la Literatura Francesa después de la liberación”. No hay lugar para la traducción de “El balcón”, que en octubre de 1945 se mantenía inédito en español y había sido del gusto de Ramón Gómez de la Serna (ver documento y nota anterior). En francés, el cuento recién se publica en el número inaugural de *La Licorne*, la revista de Susana Soca, en marzo de 1947. Las relaciones entre Hernández y Roger Caillois, que hizo mucho por su obra en Argentina y en Francia, incluso más (en lo concreto y práctico) que el mentor Jules Supervielle, continuaron en París (ver carta 15).

**Del Consejo Británico, Eugen Millington-Drake
Buenos Aires, 15 de enero de 1946**

*Consejo Británico,
Lavalle 190,
Buenos Aires*

Sir Eugen Millington-Drake, saluda con su distinguida consideración al Señor Felisberto Hernández, y muchísimo le agradece el envío de su libro *Por los tiempos de Clemente Colling* con tan amable dedicatoria, que ha recibido por intermedio del común amigo Salsamendi. Se complace en informarle que le será muy grato leerlo en un próximo descanso, habiendo tenido ya un elogioso comentario de Salsamendi.

Enero 15 de 1946.

Tras la intervención desinteresada de Asdrúbal Salsamendi (ver nota 31), que comienza aquí, Felisberto acaba en Londres en setiembre de 1947, como invitado del Hudson Institute, fundado por Sir Eugen Millington-Drake (1889-1972) como parte de su proyecto de intercambio cultural entre Inglaterra y el Río de la Plata, entre la gran ciudad industrial y la desierta pampa. Para nombrar aquel instituto, con el que la Biblioteca Nacional de Uruguay colaboró, Millington-Drake había supuesto el sentimiento de W. H. Hudson, el fondo nostálgico de la expresión “allá lejos y hace tiempo”. El notable representante diplomático de Inglaterra, de profusa actividad entre Buenos Aires y Montevideo durante la Segunda Guerra Mundial, fue llamado por Carlos A. Erro “viajero inglés del siglo XX”, en memoria de los viajeros del siglo anterior que “hablan sin pasión, pero miran atentamente”. El *Chief Representative* del British Council recorrió las provincias de Argentina entre 1942 y recogió voces, versos, poetas en parajes que Felisberto Hernández conoció en sus giras de pianista poco tiempo antes. De esa investigación de campo, pampeana, en la que Millington-Drake recoge versos mientras musita (lo dice Patricio Gannon) a T. S. Eliot, resulta el libro *Poesías de las provincias que conocí* (Buenos Aires: Guillermo Kraft, 1949), un volumen que incluye a conocidos y amigos de Hernández. Con otras, variadas y curiosas publicaciones además de esta (*La antorcha helénica y la caja de fósforos* se editó en 1951 en Montevideo), Sir Millington-Drake dejó un archivo que no disimula sus inclinaciones literarias. Con particular propensión a la modestia, descubre a Felisberto Hernández a través de Salsamendi y es al primer uruguayo (el segundo fue Emilio Oribe) al que lleva al Hudson Institute, que devino Canning House y existió hasta 2013 (véase *El Hornero. Journal of the British Uruguayan Society*, 98, Spring 2013). En una exhibición de su talante y agudeza, M. Drake recordó en una conferencia que en el Archivo de Indias había visto la petición de Cervantes para un puesto en América del Sur; la petición fue rechazada: “de no haber sido así, el Quijote tal vez hubiera podido ser un gaucho”.



15
De Roger Caillois
París, 13 de noviembre de 1946

Éditions de la France Libre
Constellation
Paris, le 13 de Nov

Cher Felisberto Hernandez,

J'attends que vous êtes à Paris et j'aimerais bien vous rencontrer, pour faire enfin votre connaissance et pour établir avec vous la possibilité d'édition chez Gallimard un recueil de vos nouvelles.

Ma femme a traduit déjà «La mujer parecida a mí» qui va sortir dans une revue que fait paraître Susanna Soca. Je voudrais bien aussi vous soumettre la traduction - Passez me voir une après-midi à ce bureau ou téléphonez (l'après midi seulement) moi - nous prendrons rendez-vous.

A bientôt de vos nouvelles et envoyez-moi très cordialement votre

R. Caillois



Pasan pocos días entre esta bienvenida auspiciosa y el encuentro con Roger Caillois (1913-1978). En la carta a Jules Supervielle del 9 de diciembre de 1946 (véase el apartado de cartas de Felisberto Hernández a J. Supervielle), Felisberto habla de Roger, de su esposa Yvette y de los padres del escritor francés, de quien tiene una opinión muy considerada: “Caillois es cotizadísimo pues es muy severo como crítico y por eso tiene una posición envidiable” (carta de Hernández a su familia, datada en Blois, 20 de noviembre de 1946, publicada por Giraldi de Dei Cas, *op. cit.*, p. 87). A medida que avanza la versión francesa de “El balcón”, Felisberto entra en el espacio familiar de los Caillois y en el entorno intelectual de Roger. Desde fines de 1945 —después de finalizada la Segunda Guerra, que lo retuvo en Argentina— Caillois mantiene su residencia en París, desde donde contribuye a la divulgación de la literatura latinoamericana. En 1946 dirige Éditions de la France Libre, que durante la guerra había sustentado en Londres Andrés Labarthe, y trabaja en proyectos múltiples, que divide entre la divulgación ajena y la escritura propia. La colección “La Croix du Sud” en Gallimard, iniciada en 1951 con *Fictions* de Jorge Luis Borges, será comentada y famosa; sus traducciones, no siempre aprobadas. Julio Cortázar, al conocer los primeros libros, en los años 50, se queja en privado, en sus cartas, de los hábitos idiomáticos que Roger Caillois se permitía. Las dos traducciones de cuentos de Hernández a las que refiere esta carta, hechas por Yvette Caillois, son publicadas en Francia con la revisión (que muestra apuntes entrelíneas en las copias que se guardan en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Uruguay) del escritor uruguayo. La obra literaria de Caillois es extensa y está atravesada por intereses que podrían resumirse en los conceptos de “hombre”, “mito”, “fantasía”, “sociedad”. Un comienzo, con 18 años, es su colaboración con *Le Surréalisme au service de la Révolution* (4, 1931): le remite los manuscritos a André Breton,

líder del surrealismo, y al año siguiente se pelea con él, distanciándose de un movimiento con el que no deja de tener lazos, así sea en la discrepancia. Después de participar en varias revistas literarias de impacto en minorías, como *Acéphale* (1936-38), de Georges Bataille, de revistas ya históricas, y tras publicar su primer libro, *Le Procès intellectuel de l'art* (1935), y el segundo, *Le mythe et l'homme* (1935 y 1938), las relaciones sentimentales con Victoria Ocampo lo llevan a Buenos Aires en 1939. Decide quedarse a vivir en Argentina. En 1941 funda *Lettres Françaises* bajo el mecenazgo de *Sur* (véase nota 13), y trabaja en sus artículos y libros de manera constante y productiva, prismática. Aunque no lo incluya en su *Anthologie du fantastique* (Paris: Gallimard, 1966), hizo por la obra de Felisberto Hernández, desde la recomendación de Jules Supervielle en 1945 y en los dos o tres años siguientes, mucho más de lo que se puede extraer de los archivos. No hay testimonio de que Felisberto lo reencontrara en la conferencia que dio Caillois el 7 de diciembre de 1949 en Montevideo. José Pedro Díaz, cuya relación con Felisberto Hernández será decisiva para la obra de este, escribe su disgusto: “Fue, creo, la más deplorable conferencia a la que asistí”, y cuenta que José Bergamín, Carlos Gurméndez y Amalia Nieto se paran y se van. De regreso a la sala de “Amigos del Arte”, al final de la conferencia, Susana Soca “se apresuró a explicarme que la presencia de Caillois en su revista había sido en realidad impuesta por algunos amigos, por ejemplo P. Éluard”, escribe Díaz en su *Diario* (1942-1956; 1971; 1998), editado por Alfredo Alzugarat (Montevideo: Biblioteca Nacional/Banda Oriental, 2011, p. 281). El resumen que preparó Caillois, publicado con el título de su conferencia, “¿Muerte de la literatura?”, en *Número* (5, Montevideo, 1949, pp. 466-467), enumera argumentos nada desdeñables ni insensatos. Un lustro más tarde regresa a Uruguay, como funcionario de la Unesco, y le propone a Hernández un texto sobre el proceso de creación. Por Reina Reyes se supo que “Explicación falsa de mis cuentos”, publicado en *Entregas de La Licorne* (5-6, Montevideo: setiembre 1955), nace por impulso de Caillois en casa de Susana Soca. Véase la cronología de Giraldi de Dei Cas (*op. cit.*, 76) y compárese con la otra versión, que tiene elementos en los que se sospecha imprecisiones, de Reina Reyes en la entrevista con Pablo Rocca, en *Fragmentos* (19, Florianópolis, 2000, p. 97). Reyes habla de la “asamblea” en el Palacio Legislativo para nombrar la conferencia de Caillois, de 1955, y sorpresivamente dice que al crítico “le presentaron a Felisberto” aquel día, cuando ocho años antes, en París, Felisberto no solo lo había conocido sino que visitaba su casa y trataba con su familia.



16 De Luis Fernández París, [1947]

Amigo Hernández,

He venido a verle porque tengo necesidad de hablarle *lo más pronto posible*.

Le recuerdo que tenemos cita hoy a las 6 y media, con los amigos Gironde, en casa de Yepes, 162 Boulevard de Grenelle.

Si usted puede pasar por mi casa un poco antes, iremos juntos y le diré de qué se trata.

Si no puede usted venir, yo le telefonaré mañana antes de las 10 de mañana para que tomemos «rendez-vous» lo más pronto posible. Perdona la molestia.

Suyo

Fernández

117, r. Vaugirard.

Le Rollin

Chambres tout confort

(au cœur du Quartier Latin)

Métro: Odéon, Saint-Michel-Cluny

Chambres de voyageurs a la journée

18, Rue de la Sorbonne

Paris — V. Arr.

Esta esquela escrita *in situ* y entregada por el firmante en el Hotel Le Rollin, donde Fernández no encontró a Felisberto, un día de 1947, interpuso la dificultad de conocer la identidad de quien firma. Ese plan de verse con celeridad, y en secreto, la cercanía con los argentinos y la dicción *nonchalant*, crea la ilusión de que se trata de Macedonio Fernández. Después de Macedonio (que no viajó a París) se descartaron sus hijos, que firmaban Obieta, los Fernández Moreno hijo y padre, el escritor uruguayo Fernández Saldaña y el pintor Guillermo Fernández. La cercanía con Eduardo Yepes, casado con Olimpia Torres, y el tipo de trazo de la letra manuscrita llevaron a nuestros peritos calígrafos a vislumbrar a alguien especialmente sensible a la forma plástica. Es por la referencia a la *rue Vaugirard*, y luego al cruce con María Zambrano, en la carta que sigue, y por la insistencia en los algoritmos de Google, que se tiene certeza de la identidad de Luis Fernández (1900-1973), un oculto pintor español. Entre las pocas referencias al “desconocido perennemente”, como lo llamó Zambrano, se cuenta el artículo de Cristina de la Cruz Ayuso “Encuentro de miradas entorno a lo sagrado. María Zambrano y Luis Fernández”, en *Aurora: papeles del seminario María Zambrano* (5, 2003), que recorre y analiza la obra de Fernández y refiere también a José Bergamín, Valeriano Bozal y José Ángel Valente que se ocuparon, con ensayos, del pintor místico. Luis Fernández residió en París ligado al neoplasticismo, en los años 20, y luego al surrealismo. Conoció a Breton, a Éluard, a René Char (a quien le ilustró dos libros), entre otros artistas. Expuso en París en 1946 y al año siguiente en Londres. Fue el único, destaca Cristina de la Cruz Ayuso, a quien Picasso le permitió intervenir en una de sus telas. En el tiempo que trata con Felisberto, su preocupación era el análisis “del proceso de elaboración previo a la composición de su pintura. Escribe ‘Etapas del nacimiento del cuadro’, donde describe los minuciosos pasos que el pintor realiza en la ejecución de cada una de sus obras y que han dado como fruto un conjunto muy numeroso de bocetos, una muestra clara de todo este proceso que tan intensamente aborda Fernández en cada una de ellas. Aquella reflexión recoge finalmente una declaración del pintor, en la que describe su disposición en ese

proceso: *abandono absoluto a la emoción y revelación como lugar de visión*” (en “Encuentro de miradas en torno a lo sagrado. María Zambrano y Luis Fernández”, *art. cit.*, p. 41). A través de Fernández, y acaso de Jules Supervielle, Felisberto trata de primera mano con el renombrado escritor y crítico de arte Jean Cassou (1897-1986), cuando este dirige el imponente Musée National d’Art Moderne de París.

17
De Luis Fernández
París, [1947]

Viernes 21

Amigo Hernández,

Esta mañana he recibido un «pneumatique» de los Girondo anunciando que no tienen tiempo para la cita de mañana con Éluard.

Por otra parte, María Zambrano da una conferencia mañana sábado a las 9 de la noche. Pienso que usted irá y como sé que está usted libre a la hora de cenar, mi mujer y yo tendríamos mucho gusto en que viniese usted a cenar con nosotros, para ir después junto a oír a María Zambrano.

Pero es necesario que venga usted de 7 ¼ a 7 ½ para tener tiempo de cenar y llegar a la hora a la conferencia.

Hasta mañana, si no hay contratiempo por su parte.

Suyo

Fernández

La nota anterior refiere a quien firma esta carta, el pintor Luis Fernández. La segunda suspensión del encuentro con Oliverio Girondo y Norah Lange agrega el nombre de Paul Éluard. El 9 de diciembre 1946, en correspondencia con Jules Supervielle (véase), Hernández dice haber conocido en casa de Susana Soca a una mujer, que no pasa inadvertida, a la que llama “la señora de Zambrano”. Vuelve a verla en casa de la familia Caillois, lo escribe, pues ella se interesa en la traducción de “El balcón”. Es probable que la conferencia a la que Fernández, en esta misiva, invita a Felisberto, versara sobre Cervantes, autor al que María Zambrano le dedicaba su tiempo. “La mirada de Cervantes”, título de una conferencia dada en París, traducida de inmediato al francés por Yvette Billod (Caillois) y publicada en *Europe*, y en su lengua en *Asomante*, de Puerto Rico (13, 1947). Con otro título, la relación Zambrano y el autor del Quijote prosigue en *Sur* (“La ambigüedad de Cervantes”, 158, Buenos Aires: diciembre 1947) y al año siguiente en el número 3 de *La Licorne* (“Le regard de Cervantes”, traducido por Yvette Billod). Referencias tomadas, en parte, de *María Zambrano. La razón en la sombra. Antología crítica*, edición de Jesús Moreno Sanz (Madrid: Siruela, 2004, p. 700). El tema de la conferencia a la que pudieron asistir Felisberto junto a Fernández y su esposa Esther fue la piedad.



18
De Carlos Maggi
Montevideo, 25 de agosto de 1947

Mon cher Phelisbertó:

Recién ahora tengo de cosas (este maldito francés) cosas concretas para escribirle. *Escritura* aparece el 15 de octubre. Formamos la dirección: Hugo Balzo, Julio Baise y yo, Guillermo Caprario está en duda. La revista se compone de dos partes: artículos generales (3 o 4 ensayos) y 8 secciones permanentes. Estas secciones son: Música, a cargo de Balzo; Poesía a cargo de Isabel Pereda; Plástica, Pablo Bosch; Teatro, Martínez Moreno; Cine, José María Podestá; Cuento y Novela a mi cargo; Sección permanente por la paz, de la que se ocupa Baise y notas bibliográficas. Unas cien páginas en formato de *Sur*, tal vez un poco más grande.

Tenemos la financiación del primer año asegurada, aún castigando el presupuesto con el pago de colaboraciones, que será de alrededor de \$ 20 cada una!!!

No hemos hablado con toda la gente (imagine lo que es financiar un año) pero para los primeros números contamos con Supervielle, como usted ya sabe, con usted, como también sabe, con Aaron Copland, Paco Espínola, Guillermo de Torre, Torres García, Ginastera, Zum Felde, Dieste, Sackharoff, en fin, esto no puede dar una idea porque recién iniciamos el trabajo de reunir colaboraciones.

No sé qué le gustará más para mandar. Puede ser una cosa general (aventuras de un intelectual en París?) o algo para mi sección. Usted decide lo que mejor le resulte. Acá «la crítica inteligente» seguramente esté curiosa.

Yo tengo unas ganas bárbaras de ir hasta allí para que usted me cuente la ciudad Luz. Ya se convirtió al existencialismo?

No me faltan ganas de mandarle algo mío para que se publique por ahí. Si usted me insiste en otra carta es seguro que tiro la timidez y la abulia de sudamericano y me doy el gusto de ser víctima de un traductor.

Agradézcale a Supervielle la buena voluntad con que ha tratado la revista, agradézcale lo buena persona que es. Usted reciba mi más cordial y afectuoso abrazo de compatriota, contemporáneo y amigo,

Carlos Maggi

Escritura

18 de Julio 1333 Apto. 32

Si bien Felisberto Hernández respondió con el envío del inédito “Mur”, que había escrito camino de Francia, publicado en el número 4 de *Escritura* (Montevideo: 1948), se puede tomar esta carta como el origen editorial de “Las Hortensias”, publicada a fines de 1949, en el número 8 de la revista

que Maggi codirigía. Esta carta llega a París, seguramente, cuando Felisberto está en Londres, y si es así la recibe, la lee y la contesta (enviando “Mur”) de regreso. Empujado tal vez por el reconocimiento que recibe desde Montevideo, define el título de una obra fundamental. En una carta a Paulina Medeiros, del 24 de octubre de 1947, dice por primera vez que lo que tiene en mente como “la novela” se llamará “Las Hortensias”. Vayamos al corresponsal, un hombre de una extraordinaria y desafiante capacidad de proponer, de inventar, de hacer: Carlos Maggi (1922-2015), también llamado “Pibe” por Felisberto Hernández, por entonces era un joven que trabajaba en la Biblioteca Nacional, donde hacía gestiones, investigaba y ordenaba el Archivo Rodó, y se preparaba para (humorista era ya) su carrera de narrador, dramaturgo, agitador cultural, ensayista. En 1947 era, sí, un escritor joven, y había hecho los dos números de la revista *Apex* (Montevideo: 1942-43), en la que pudo reunir —con la compañía de Manuel Flores Mora y Leopoldo Novoa— a Joaquín Torres García, Juan Carlos Onetti, Jules Supervielle. En la tapa del número 2, el último, se lee un programa, casi un manifiesto, entre la gran risa y la soberbia juvenil, que tiene una evidente mano suya. En su última entrevista, con Ana Inés Larre Borges en *Brecha* (Montevideo: 30 de abril de 2015, pp. 22-25), cuando las rondas del café Metro, al primero que recuerda es del dramaturgo Carlos Denis Molina, por *El regreso de Ulises*, que fue premio municipal, “una cosa vergonzosa”, dice Maggi, obra que hizo publicar en el número 1 de *Escritura* (Montevideo: 1947). Después de escribirle esta carta a Felisberto, le pide a José Pedro Díaz un artículo: “Maggi insiste, por otra parte en hacerme escribir una nota sobre Felisberto en *Escritura*. Lo lamento: me cuesta mucho escribir” (en *Diario de José Pedro Díaz, op. cit.*, p. 145), y unos días después (23 de setiembre), en alusión al tiempo compartido con Ángel Rama: “Le leí algunas líneas sobre Felisberto —para la noticia bibliográfica— y me observó el uso que ya hacía, de la palabra *clásico* —como un arma clásica decía yo”, dice Díaz (146). Con el pedido de una crítica de la obra de Felisberto, Maggi le remite a Díaz un artículo destacado por la historia literaria local: “Nueva literatura uruguaya” (*Escritura*, 1, Montevideo: octubre 1947). En cuanto a la revista, *Escritura* es de las más generosas —y menos tratadas— de las que se crearon alrededor de la Generación del 45, a la que Maggi está venalmente adscrito. *Escritura* atravesó la música, la pintura, la literatura y el cine, el arte sin lo específico literario de otras publicaciones de su tiempo. Esa visión de la cultura algo le debe a la señora Müller (ver nota 11): uno de los directores, Julio Bayce (llamado aquí “Baise” por Maggi), fue secretario de ella y luego memorialista del salón del Palacio Salvo; otro tanto, otra deuda: el “grupo Teseo”, de Eduardo Dieste, de mediados de los años 20. El otro director, Hugo Balzo, era el gran ejecutante de piano de esa época y Felisberto Hernández lo reconocía (“Hugo Balzo ha tenido mucho y merecido éxito en la salle Gaveau”, le escribe a Paulina Medeiros desde París, el 7 de abril de 1948, en la última carta que Medeiros da a conocer en *Felisberto Hernández y yo, op. cit.*, pp. 143-144). En esta carta de Maggi habría que subrayar el uso del término “contemporáneo”, cuya inclusión parece decidir y definir una estética. Maggi estaba dividiendo el tiempo en dos frentes, y su generación habría de salvar —entre los coterráneos nacidos entre 1900 y

RA 5270

265 L.T. Trams 5d Single

C	Change Embankment Cross Street Upper Street	56
F	Farringdon Road (Rosebery Avenue)	58
V	Ch Owell Gn or Elephant Victoria Embankment	60
Y	York Rd, The Cut, Boro' Stn W'terloo Stn., Bricklayers Arms or Regency Street	62
C	Camberwell Gate or Kennington Gate	84
T	Change Greenwich Ch Tooley Street	

1	Issued subject to the by-laws, conditions and regulations of the Board in force at the time of issue.	
2		
3		
4	Available on day of issue only to point indicated by the punch hole and must be shown or given up on demand.	11
5		10
6		9a
7		9
8	Not transferable	

Pi 2527

169B L.T. Trolleybuses

627	Issued subject to the bye-laws, conditions and regulations of the Board in force at the time of issue.	16
653		15
		14
		13
		12
		11
1		10
1a		9
2		8a
2a		8
3		7a
4	1d, 2d, 4d, 6d, 1 Single 1d, 1 Child	7
5		
6		

Le ticket ne peut être remboursé ni échangé. Il doit être restitué si le titulaire demande le remboursement du billet.

A PRÉSENTER pour prendre place dans la voiture

S. N. C. F.

Place louée

2^e CLASSE

Prix : 25,00

931333

Royal Opera Covent Garden

EVENING FRIDAY Sept. 12

ORCH. STALLS 16/-

K 8

To be Retained

Royal Opera Covent Garden

EVENING THURSDAY Sept. 11

ORCH. STALLS 16/-

M20

To be Retained

Nb 5407

265 L.T. Trams 5d Single

C	Change Embankment Cross Street Upper Street	56
F	Farringdon Road (Rosebery Avenue)	58
V	Ch Owell Gn or Elephant Victoria Embankment	60
Y	York Rd, The Cut, Boro' Stn W'terloo Stn., Bricklayers Arms or Regency Street	62
C	Camberwell Gate or Kennington Gate	84
T	Change Greenwich Ch Tooley Street	

1	Issued subject to the by-laws, conditions and regulations of the Board in force at the time of issue.	
2		
3		
4	Available on day of issue only to point indicated by the punch hole and must be shown or given up on demand.	11
5		10
6		9a
7		9
8	Not transferable	

FRANCAIS VOITURE 22

FRANCAIS P L A C E 2

FRANCAIS M I L I E U F E N E T R E D O S

FRANCAIS 20105-20105

FRANCAIS

1910, poco antes y poco después— a Felisberto Hernández. De hecho sus pares, sus amigos J. P. Díaz y Ángel Rama son quienes le dan impulso a la reunión de sus obras completas. La relación con Maggi concreta no solo la publicación de “Las Hortensias” (*Escritura* 8, Montevideo: 1949) sino aspectos de sobrevivencia apenas conocidos: en octubre de 1948 le consigue a Felisberto un pasaje de avión y le paga los viáticos para una conferencia en la ciudad de Artigas. Hernández leyó sus cuentos y habló de sí mismo: un periódico de la ciudad reseñó el episodio con abundantes elogios (*Principios*, Artigas: 27 de octubre 1948). Maggi era el responsable, en la Biblioteca Nacional, dirigida por Dionisio Trillo Pays, de llevar adelante un proyecto de “extensión cultural” de doble fin: enviar conferencistas (la lista de nombres sorprende, por su relieve) fuera de la capital del país, y donar libros a las bibliotecas desprovistas.

19

De Sir Eugen Millington-Drake París, 5 de setiembre de 1947

*From Sir Eugen Millington-Drake. K.C.M.G.
Queen's Gate Gardens, London, S.W.7.
As from Ritz Hotel, Place Vendôme, Paris.
5th September, 1947*



395

Dear Mr. Hernandes,

In confirmation of our telephone conversation this is to say that I would be grateful if you would write on Monday, when your arrangements for your journey to London on 10th September are complete, to Mr. Garry Fifer, at 8 Montague Square, London, W. 1. He is the Director of the Hudson Institute.

Please give him full particulars about yourself and your personality and literary career, for the archives of the Hudson Institute.

Kindly also inform him exactly when you arrive at the Victoria Air Terminus, in the centre of London, to which the Airways Company's bus takes you; and Mr. Fifer will probably meet you.

It would also be well to mention the name of the hotel to which Miss Susanna Sojo is going. Please convey to her kind regards.

Your sincerely,

Eugen Millington-Drake

By hand

Senor Felistrato Hernandes

Mensajes como este obligaron al escritor uruguayo a acelerar sus clases de inglés, lengua que estudiaba a solas, ayudado por su sistema taquigráfico. Sobre el autor de la carta y el Hudson Institute véase nota 14. Según los sellos del pasaporte, Hernández sale de Francia hacia Inglaterra, en avión, el 10 de



Boletos de tren y buses y entradas a conciertos que Felisberto usó en su visita a Londres.

setiembre de 1947 y regresa el día 22 del mismo mes. Qué habrá sido de “la lujuria de ver” en aquel misterio: qué habrá encontrado Felisberto Hernández cuando llega a Londres, pocos años después de la guerra. ¿Un paisaje con agujeros, un gótico tocado por los proyectiles? No hay registros que confirmen que dio un concierto, sí que asistió a dos conciertos de Orchestra Stalls 16/, el 11 y 12 de setiembre de 1947 en el Royal Opera Covent Garden. Inglaterra le abre a Hernández la posibilidad de ampliar la carrera literaria (Felisberto lo celebra en cartas a su familia). Detrás estaba Supervielle: “irá a Londres y llevará para allí mis cuentos. Aquí se ha portado muy bien hablándoles a escritores y críticos”, le escribe Felisberto a Paulina Medeiros en carta del 21 de marzo de 1947 (*Felisberto Hernández y yo, op. cit.*, pp. 130-131). En los días de setiembre en Londres Hernández conoce, a través de Susana Soca, la “Susanna Sojo” de esta carta, a Prince Leopold Loewenstein. Véanse carta y nota siguientes.

20

De Prince Leopold Loewenstein Londres, 25 de octubre de 1947



396

25 Bywater Street
London SW. 3
25th October 47

Mon cher ami,

Je vous remercie beaucoup de votre aimable lettre du 7 Oct. et des notes «biographiques» (je ne sais pas si ce dernier est un mot français). Je m'excuse de ne pas avoir répondu plus tôt, mais malheureusement j'ai souffert d'une mauvaise attaque de grippe qui m'a immobilisé pendant plusieurs semaines.

La semaine prochaine je me mettrai en rapport avec l'Editeur de la Revue anglaise *Horizon* pour lui parler de votre œuvre.

Comment-allez vous? Est-ce que notre amie, Susana Soca est rentrée à Paris? Si vous le voyez, je vous prie de lui donner mes «kindest regards». Ma femme et moi, nous parlons beaucoup de vous et des soirées charmantes que nous avons passées avec vous. Nous espérons de pouvoir venir à Paris et de vous revoir.

Avec beaucoup d'amitié.
et meilleurs souvenirs

Leopold Loewenstein

Un mes antes de esta carta, el 27 de setiembre de 1947, Hernández le escribió a su familia: “En Londres conocí a un gran tipo, casado con la hija de un gran editor y tengo la esperanza que me publiquen en la mejor revista literaria de allí y me editen el libro”. El hombre al que trata personalmente y ahora le escribe esta carta es Leopold Loewenstein (1903-1974), nacido en Salzburgo,

naturalizado británico en 1936, el año en que publica junto a W. Gerhardt *Meet yourself as you really are, different from others because you combine uniquely features present in everyone... About three million detailed individual character studies through self-analysis*, del que en ámbito hispánico únicamente se entera el erudito Alfonso Reyes, que lo llama “juego peligroso, basado en el psicoanálisis” (*El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México, 1944). Loewenstein estaba casado con Diana Gollancz (1921-1967), a quien Felisberto Hernández conoció, y por ello tenía vínculos con el mundo editorial inglés. Alan Watts, en su autobiografía *In My Own Way* (California: Novato, 1972), llama al Príncipe “a fascinatingly detached and unselfconscious aristocrat”. El “gran editor”, así nombrado, al que alude esta carta que leyó Felisberto es el humanista Victor Gollancz, editor *left-wing* a quien se referirá en la nota 23 de esta selección. Loewenstein puso a Felisberto Hernández al borde de publicar en *Horizon*, revista fundada en 1939 por Cyril Connolly, su editor, Stephen Spender y Peter Watson, que se publicó entre 1940 y 1950 y tuvo entre sus colaboradores a los principales escritores británicos del siglo XX, entre ellos Virginia Woolf, Evelyn Waugh, W. H. Auden y George Orwell (*Merriam-Webster's Encyclopedia of Literature*. Springfield, MA: 1995, p. 558). Existe en la colección FH la traducción mecanografiada de “Canary Furniture Company” (“Muebles ‘El Canario’”), sin firma y sin fecha (“me llegó por la embajada americana”, dice el escritor a Medeiros en carta del 21 de marzo de 1947), un cuento que la crítica local ha tendido a menospreciar y que, en su visión del mundo contemporáneo y criollo, ligaba bien con los años de posguerra en Inglaterra, donde la conciencia de la sociedad controlada por los medios y el significado de la “aguja hipodérmica” había explotado con *Nineteen Eighty-Four* (1949), novela en la que los años de trabajo (durante la guerra) en la BBC le sirven a Orwell de inspiración. Sobre “Muebles ‘El Canario’” (cuya traducción disgusta a Felisberto, el cuento sucede en Catskill, NY State), dice Enea Zaramella: “delinea la alienación materialista de la sociedad de consumo que, desplegando recursos que infatúan al público y atraen su curiosidad, remite a los mundos mesiánicamente distópicos de Aldous Huxley y George Orwell en los que la propaganda llega a manipular las emociones y, encantando el lado racional de la gente, consigue que la población esté satisfecha con su esclava apariencia de felicidad” (introducción a “Textualidades tímbricas”, tesis de doctorado, inédita, Princeton University, 2014).



21

De Carlos Benvenuto Montevideo, 11 de noviembre de 1947

Mont., 11.XI.947.

Querido Felisberto,

Tengo una gran noticia eventual que me hace desvanecer el remordimiento de no haberte contestado o saltar al rango por sobre él: tengo una beca de estudio para profesar (Ley Gallinal) como profesor del I. Normal.

La pedí para EE.UU., pero las cosas me han hecho inclinarme por Europa y por nuestra querida Francia. Deseo por eso saber cuanto antes el costo de la vida lo más detallado posible. Mi gran deseo sería poder ir con los botijas grandes, Sergio y Carlos. Temo demasiado que la realidad me dé un sosegate. Pero ellos están en una edad en que les haría tanto bien un viaje! Te ruego pues que a vuelta de correo, por avión, me detalles presupuesto para mí y los dos botijas en una pieza de hotel, por ahí alrededor de la Sorbonne p. ej. Si pudiera ser en el mismo en que estás tú, magnífico! No sé si cabría, entre los cuatro otra solución más económica para todos. —Además, como muy seguramente no pueda con los dos, dame los detalles para mí solo: pieza de hotel, desayuno, almuerzo, cena, gastos de locomoción, metró se entiende. —Todo por día. Además las instrucciones que tu épica experiencia te aconseje darme.

He estado tan absorbido y soy tan poco epistolar que, por una u otra circunstancia, se me pasó el tiempo. Ahora tendrá cancha para acercarme tanto como tú por un tiempito. De Supervielle y Waffler no hemos tenido más noticia que las dadas por ti. He seguido algo de aquí tu actividad y tus éxitos por los que nos hemos alegrado mucho con toda la troupe.

La revista del Ateneo ha salido bastante bien. Está por aparecer el 3º número. Queríamos de ti, de Supervielle y de Waffler nos remitieran algo. Cuando te encuentres a tiro, exígete una colaboración y lo mismo con S. y W.

Realmente sería magnífico poder pasar una temporada contigo y bajo su experta orientación en ese ahora tu mundo y con las vinculaciones que te habrás hecho.

Con González Olaza estamos haciendo gestiones para ver si la Agadu te consigue que el gobierno apuntale la beca fenómeno de ese no menos fenomenal país.

Sé que has dado un paseo por Londres. No se nos acaba de cerrar la boca respecto a tus performances.

Espero una tuya no solo con los datos sino con todo eso que tú sabes poner en las cartas. Afectuosos saludos a Supervielle y Waffler y a Caillois así como a Caffinet, si tienes ocasión de verlos. Saludos de Ofelia pa ti que va EE.UU. con su beca respectiva y a Cuba antes. Con un abrazo y esperando que pueda ser hasta pronto el hacerlo efectivo.

Carlos Benvenuto

P.D.: Para no causarte molestia me permito enviarte cupones de 0.15 c/u que puedes cambiar por sellos para el avión: Disculpa la precaución. CB

Profesor de filosofía y ensayista, Carlos Benvenuto (1899-1976) colaboraba con *Anales del Ateneo*, publicación a la que hace referencia, y formaba parte del grupo de amigos (devotos de Carlos Vaz Ferreira y también profesores) que se

reunían en el Café Sportman, en el centro de Montevideo, después de las clases que daban en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo y a las que en ocasiones asistía Felisberto (J. P. Díaz, *Felisberto Hernández. El espectáculo imaginario, op. cit.*, p. 13). Habría que imaginar a Benvenuto, en aquellas tertulias, hablando a la manera que describió Carlos Real de Azúa: “Un discurso que unas veces es enmarañado y titubeante y otras de explosiva afirmatividad, cruzando aquí y allá por raptos líricos extremos, por imágenes y tonos poemáticos y una subida temperatura emocional siempre dispuesta a encenderse” (“Carlos Benvenuto (1899)”, en *Antología del ensayo uruguayo*. Montevideo: Universidad de la República, 1964, p. 294). Los detalles de la “épica experiencia” de Felisberto en París (Benvenuto *dixit*) están contados por este a su familia, en la correspondencia publicada por Giraldi: datos menudos de economía unipersonal, doméstica, que testimonian el lenguaje en común (entre Felisberto y los suyos) que es el de quien deja constancia de cómo sobrevivir. Son estos datos los que pide Benvenuto, como se lee, dejando traslucir (incluso “poco epistolar”, incluso apresurado y de a ratos bárbaro) el tipo de amistad filial, comprensiva y protectora que lo unía a Felisberto. Mientras Venus González Olaza, el viejo productor de las giras de pianista una década atrás, y editor de *Por los tiempos de Clemente Colling* y *El caballo perdido*, mantenía un activo apoyo a la figura de Felisberto, Benvenuto tiene precauciones de no afectarle la economía, como se observa en la posdata. El viaje del profesor Benvenuto con sus hijos Sergio y Luis Carlos se concreta en marzo de 1948. El escritor deja la ciudad en un viaje en tren al puerto de Le Havre el 20 de mayo de 1948. Unos días antes, los tres Benvenuto fueron testigos de la “doble despedida” que hizo Felisberto Hernández en París, cada una con una novia distinta, anécdota que J. P. Díaz recoge graciosamente en *Felisberto Hernández. Su vida y su obra* (Montevideo: Planeta, 2000, p. 117).



22

De Washington Lockhart Mercedes, 27 de diciembre de 1947

Mercedes, Diciembre 27/47

Amigo Hernández:

desde nuestro residir repetido en esta pequeña congregación de Mercedes, se nos ha ocurrido —el *nos* alude conjuntamente a Peduzzi y a la señora Larnaudie de Klinger— hacerle recordar, por nuestro ejemplo, que eso del caradurismo criollo es a veces algo más que una frase convencional. Verá Ud: hemos juntado coraje —tanto más cuanto menos plata— para sacar una revista literaria que aparecerá por marzo; creíamos que era factible solicitarle a Ud una página que podríamos recibir para entonces y aquí estoy yo poniendo esa idea en ejecución. Sabemos bien, que si Ud, cediendo a obligaciones morales que suelen ser fastidiosas, accede a este pedido, no hace otra cosa que acumular los puntos que perdimos al concebir esa idea, los que perdemos al tener que cargar con una deuda que no sabíamos bien

cómo saldar: pero aun así sacrificamos nuestro posible prestigio moral, seguros que la revista saldría gananciosa. — Ignoramos en absoluto qué es de su vida; sabemos solamente que está en Francia; Felisberto Hernández y Francia resultó conjunción tentadora; de allí que nuestro petitorio quisiera ser casi comunicativo. Como es de suponer, la índole del trabajo queda a su entera elección; si me permite un deseo sería solamente que correspondiera a experiencias actuales tuyas. Ya ve que considero su colaboración como un hecho consumado; no sé si de ese modo — y habiendo sido yo un tan fugaz amigo — he trasgredido ciertas conveniencias; pero tenga por cierto que de cualquier modo no me arrepiento (y es que voy a pura ganancia).

Vayan hasta Ud los cariñosos saludos de tantos como aquí lo recuerdan; conjuntamente, los míos, a los cuales no ha de dejar de corresponder ese adjetivo [flecha a cariñosos] aun en el caso en que mi pedido termine en una prosaica plancha.

W. Lockhart

PD. Por si aun conserva ánimo para seguir leyendo, le solicito aquí —todavía— que si está dispuesto a darnos «de la que salta», lo haga utilizando el Correo Aéreo, de modo de poder recibir su trabajo a fines de febrero... Y espero que nos perdone.

El propio Washington Lockhart (1914-2001) hace ver, cincuenta años después de este intercambio, que el “caradurismo criollo” tenía límites. Felisberto Hernández responde a este pedido (que Lockhart envuelve en una retórica pudorosa) enviando el cuento inédito “El árbol de mamá”, que la dirección de *Asir* considera “cuestionable” (véase W. Lockhart, *Felisberto Hernández: una biografía literaria*. Montevideo: Arca, 1991, pp. 85-88). En una carta que no se conserva en la colección FH, Lockhart le explica la situación (parte de los suscriptores de *Asir* eran jóvenes del liceo de la pequeña ciudad de Mercedes) y Felisberto acepta con el mejor humor la cancelación del texto. La colaboración con la revista *Asir* se concretó en el número 11, de setiembre de 1949, con una presentación de Domingo Bordoli. La relación de Hernández con la ciudad de Mercedes era significativa y tenía más de dos décadas: allí hizo su primera presentación como pianista, en un teatro, en 1926; en 1930 edita *La cara de Ana*, como lo anota en un texto de 1963 conocido como “Autobiografía literaria”. Esta carta de Lockhart, enviada dos meses después de la de Carlos Maggi, hace ver cómo Felisberto Hernández, buscado por algunos jóvenes emprendedores de la Generación del 45, funcionaba en proyectos editoriales de muy distinta naturaleza. El deseo de Lockhart (que la colaboración “correspondiera a experiencias actuales” en Francia) es igual al de Maggi, que sugirió con su toque humorístico las “aventuras de un intelectual en París”. Mientras *Escritura* avanza a regiones desconocidas publicando “Las Hortensias” a fines de 1949, *Asir* —cuya dirección conocía la *nouvelle*, como deja entrever Bordoli— prefirió volver a “El vestido blanco” de *Libro sin tapas*, de 1929, seguido de fragmentos breves de *El caballo perdido* y *Por los tiempos de Clemente Colling*.



De Prince Leopold Loewenstein
4 de junio de 1948

25 Bywater Street London SW. 3
4 Juin 1948
Monsieur
Felisberto Hernandez
18 Rue de la Sorbonne
Paris 5

Mon cher ami,

Il-y-a très longtemps que je suis sans nouvelles de vous et j'espère bien que vous êtes en bonne santé et de bon cœur. Malheureusement nous n'avons pas eu l'occasion de venir à Paris pendant les mois passés, mais nous espérons de pouvoir venir au commencement du mois de septembre pour quelques jours.

Je vous écris aujourd'hui aussi pour vous demander des nouvelles au sujet de votre roman que vous êtes en train d'achever. Je travaille maintenant pour mon beau-père, Monsieur Gollancz, l'éditeur, et je voudrais lui offrir les droits anglais de votre nouveau roman, pourvu que cette idée vous soit agréable. Qu'en pensez vous? Est-ce que le roman sera bientôt prêt et pourriez vous m'envoyer un manuscrit?

Avez vous eu des nouvelles de Suzanne Socka?

Avec beaucoup d'amitié, aussi de la part de ma femme,
très sincèrement

Leopold Loewenstein

Esta carta llega al Hotel Le Rollin 15 o 20 días después de que Hernández dejara París. Se atrasa, entonces, el conocimiento de la propuesta sustanciosa de Leopold Loewenstein. Es posible que la distancia y la limitación de la lengua hayan enfriado la respuesta a quien había despertado en Londres, el año anterior, la admiración de Hernández (véase nota 19). La novela en la que el escritor trabaja,

La historia de este escrito apresurado de Fiona Liddell-Myrtle, unida a Felisberto por una relación sentimental, en París, se lee en el comentario de la carta (23) que Prince Leopold Loewenstein le envía a Hernández en 1948.

Je viens de découvrir que j'ai
mis la lettre à la poste sans faire
suivre cela —
mille fois, sans être si
imaginé comment j'ai fait
chose à faire après mon
arrivée chez moi.
Fiona

y de la que se espera el manuscrito en Londres, es seguramente “Las Hortensias”, aunque podría agregarse a la conjetura el relato “La casa inundada”. Monsieur Gollancz, señalado aquí por Loewenstein, es su suegro, antinazi activo desde los años 30 (en el 36 fundó el periódico *Left Book News*) y cauteloso simpatizante del comunismo. Dicho así es demasiado simplificador dada la extensión del catálogo en línea de sus papeles (Modern Records Centre, University of Warwick) y de la biografía que mereció de R. Dudley Edwards (1987). Victor Gollancz (1893-1967) alentaba a los escritores a atreverse a investigar la realidad. Prefería lo “outsider” y editó entre otros a George Orwell, Kingsley Amis, Colin Wilson. Después del fracaso (se desconocen las causas) de convertirse en el editor británico de Felisberto Hernández, el único vínculo que mantuvo con Montevideo fue a través de la Sociedad Teosófica de Uruguay, a la que envía dos cartas. De su yerno, el príncipe Loewenstein, aquí no hay rastros.

24

De Fiona Liddell-Myrtle [París, 1948]

Je viens de découvrir que j'ai mit la lettre à la poste sans faire suivre cela — pardonnez-moi *my darling* mille fois pour être si stupide. Je ne peux pas imaginer comment j'ai fait ça, sauf que j'ai tant de choses à faire après mon arrivée chez moi.

Fiona

Estas líneas manuscritas se leen en el anverso de la carta anterior, mecanografiada por Leopold Loewenstein. La primera noticia de Fiona Liddell-Myrtle la dio Norah Girdali, llamándola desnudamente “Fiora” (*Felisberto Hernández. Del creador al hombre, op. cit.*, p. 73). Allí se dice que de esta “joven inglesa paralítica” Felisberto recibirá en Montevideo “una conmovedora carta de amor” —que no se conserva en la colección FH— “acompañada de unas monedas que él le había prestado en París”. José Pedro Díaz retoma sucintamente la historia del doble noviazgo de Felisberto que provoca la doble despedida de Francia (ver final de la nota 21). Esta esquela muestra el respeto diligente, el amor —aquí tan abnegado— que Felisberto despertaba en las mujeres, y abre la posibilidad de que el escritor 1) conociera a Fiona en Londres y ella tuviera que ver con Loewenstein, 2) conociera a Fiona en París (como supone Norah Girdali) y ella tuviera que ver con Loewenstein solo circunstancialmente, dado el vínculo con Hernández, 3) ninguna de las anteriores. En cualquiera de los casos, Felisberto hizo de ella, por lo menos esta vez y tal como acostumbraba con Paulina Medeiros, su secretaria en los asuntos literarios. Fiona Liddell recibió la devolución de la carta de Loewenstein a Hernández (documento anterior), lo cual la lleva a la disculpa en el dorso de la misma por olvidar certificar la correspondencia y demorar así la entrega a su destinatario. Fiona Liddell era de Huddersfield, Yorkshire, según una agenda de Hernández, y podía entender mejor que nadie el tamaño de lo que la carta proponía. Posiblemente Loewenstein nunca haya recibido respuesta de Felisberto, o que esta llegara con un atraso tal que enfriara el interés del editor.



25
De Esther de Cáceres
París, 16 de junio de 1949

Paris, Junio 16.

Ayer hablé con Caillois y me dijo que el cuento suyo en *La Licorne* gustó aquí enormemente. Luego encontré a Paulhan en la NRF y me dijo que va a aparecer ya lo suyo ¡qué alegría nos dio todo esto! Un gran abrazo para Ud. y María Luisa de Cáceres y mío

Esther

Saludos a los amigos

Como es conocido, la poeta Esther de Cáceres (1903-1971), amiga de Felisberto desde los años 20, formaba junto a su esposo el doctor Alfredo Cáceres el núcleo duro de las relaciones del pianista-escritor en Montevideo. Existe una fotografía con Felisberto al piano y ella, como si tratara del momento culminante de un homenaje, lee algo que se supone expresivo. Con sentimientos que no retrocedieron, con respeto y protección al valor del amigo, el matrimonio Cáceres había visto de cerca la transición del pianista al escritor a fines de los años 30, cuando Esther labraba una amistad a la que será fiel. En "Autobiografía literaria" Hernández no olvida anotar el episodio del 31 de julio de 1935, en el Ateneo de Montevideo, en el que Esther de Cáceres, A. Zum Felde y Torres García le rinden un homenaje. La relación de Esther con Felisberto es propia de un madrinazgo que motiva esta alegría, en París, por el éxito de la traducción de "El balcón", el cuento inspirado en uno de los casos que atendió en Montevideo el psiquiatra Alfredo Cáceres. Por el lado de Jean Paulhan, la idea de editar a Hernández en *La Nouvelle Revue Française* (NRF, que reapareció en 1953, después de casi diez años sin publicarse) queda por el camino.



26
De Arno Fabbri
s/f

Sr. Felisberto Hernández

Estimado Señor:

Lamentablemente no tuve el placer de estrechar su mano y conversar con Ud.

De mi llegada a Francia, primero por mis ocupaciones con el ciclismo, luego por los viajes, he demorado su visita de tal manera que la mala suerte me impide escuchar su ingenio, como lo hiciera en el Sorocabana conjuntamente con el amigo Passos.

Antes de partir —el viernes 26— volveré para ver si Ud. ha regresado de su viaje, que espero le haya sido provechoso.

Sin otro, le transmito mis saludos y los de Passos, como asimismo los de mi compañero Atilio François quien sin conocerlo directamente lo aprecia por mis referencias sobre su personalidad.

Fabbri

Esquela sin datos, entregada, seguramente, en el domicilio de Felisberto Hernández ante la ausencia de este. El viaje de Hernández al que alude Fabbri puede ser a Artigas, solo, en octubre de 1948; a Buenos Aires, a fines de julio 1950, en compañía de su mujer María Luisa de las Heras, o a Treinta Tres, en 1954, solo, también a otros lugares —entre una fecha y otra, pero no más allá— que no están registrados por quienes escudriñaron la vida de Hernández. A su vez los viajes de los que habla Fabbri, propios, son al interior de Uruguay, por trabajo. Estas líneas que Felisberto guardó configuran una estampa pequeña de otros amigos, ligados a ámbitos más plebeyos que la literatura y el arte, la “cultura”, aunque no menos cultos ni menos respetables. Está el Sorocabana de por medio, pero no hay en esta relación “intelectuales” ni “literatos”, a quienes Hernández veía con una distancia en ocasiones distorsiva si eran argentinos o extranjeros de más lejos. El modelo de intelectual de la época era político, y el del literato (casi siempre “intelectual”), predominantemente retórico. Quien escribe estas líneas y anuncia una nueva visita, estaba vinculado al ciclismo y su actividad le había permitido viajar por Uruguay, América y Europa, y, en lo competitivo, acompañar en las rutas al célebre Atilio François (1922-1997), personalidad histórica del ciclismo uruguayo. Arno Fabbri (1917-2002) puede pertenecer, a mitad del siglo XX, a la corriente de “anarquistas naturistas” (de principios de siglo, para él familiar) que “amaban el deporte, la gimnasia, la alimentación y la vida sanas”. Aquí refiere a la amistad común con Hernández, que era antideportivo, y con el cronista de *El País* de Montevideo e investigador Carlos Alberto Passos (1921-1976), cuya atleticidad se desconoce. Para defenderse, para sumar, Arno Fabbri trabajaba en el diario *El País* a fines de los años 40: allí conoce a Passos y a Hugo Rocha, entre otros. En la Plaza Libertad rondaban los cabecillas de la Generación del 45 y los escritores y artistas a los que atraerían para escribir la historia (y hacer la literatura, desde 1945 y en los años posteriores), entre ellos Felisberto y sus amigos, algunos mencionados aquí. (Agradezco a Edda Fabbri y a Olga Lillo por la colaboración para identificar, en principio, a quien escribió esta carta breve, y a la señora Alicia Etchenique, viuda de Arno Fabbri, por sus aportes posteriores).



27

De Julio Ricci
22 de febrero de 1953

Instituto Ibero-Americano. Gotemburgo. Suecia
Gotemburgo, feb. 22 de 1953

Estimado amigo Hernández:

Desde que llegué a Gotemburgo he estado por escribirle. Sin embargo, los días pasaron y pasaron y mi proyecto recién llega hoy a su realización.

Ud. dirá: escribir una carta no puede ser objeto de un proyecto. De todos modos, ha sido así.

Estuve y estoy ocupadísimo. Entregué sus libros y todo el mundo contento. Cuando alguien pide libros uruguayos recomendando sus obras así como las de Quiroga y otros. Ud. me disculpará, pero a fuer de siempre debo decirle que sólo leí unas 30 o 40 páginas de *El caballo perdido*. Tengo que decirle dos cosas. 1) Sus imágenes me parecen muy buenas. Hay algunas notables. 2) Su prosa tiene una frescura formidable. Como Ud. me dijo, su obra está construida con el lenguaje diario. Para mí tiene esto un gran valor y le aseguro que sus páginas servirían y quizá servirán (cuando se den cuenta) para la investigación de la lengua nuestra por lingüistas. Yo, si algún día tengo tiempo, me dedicaré a ello. No he leído más, pero como crítico podría decir que quizá le falta un poco de argumento a su obra. Pero esto queda sujeto a mi lectura final. Lo que he dicho ha sido lo que he sentido.

Aquí en Suecia las cosas marchan bien. Es un gran país. Quizá escriba un pequeño libro sobre Suecia en el que resumiré mis opiniones. Hay gran urbanidad, cultura general, orden, disciplina y tantas otras cosas que nuestro descontrolado apasionamiento y veleidad no nos permite cultivar.

Tengo un grupo de alumnos a quienes enseño español y con quienes pienso hacer una pequeña antología, en la cual deseo incluir la traducción de algunas de sus páginas más felices, ya que no veo la posibilidad de traducir toda una obra por el momento. Creo que no es necesario pedir su permiso para incluir sus páginas en la antología, de realizarse.

Si tiene tiempo, escíbame algunas líneas sobre las cosas allí y, en especial, sus actividades.

Yo estoy a su disposición aquí para servirle en lo que juzgue conveniente y útil.

Con los más cordiales saludos, me despido de Ud. hasta una próxima oportunidad.

Julio Ricci

N.B. Saludos a mis amigos los Castro.

M/dirección:

Julio Ricci,

L. Torstenssonsgatan 2,

Gotemburgo,

Suecia.

Indicio (leve, primario) de la proyección de Felisberto Hernández dentro de la literatura escrita por sus compatriotas. En la línea de lo "raro" de la literatura uruguaya, Julio Ricci (1920-1995) suele aparecer en las mismas listas que L. S. Garini (de quien fue editor), Mario Levrero, Tarik Carson y otros escritores más difíciles de comparar con Hernández. La primera familia, con sus parentescos, la estableció Teresa Porzecanski —en un coloquio en Maryland, 1986— a

propósito de los narradores de su generación, lista de nombres que ha seguido y contextualizado Jorge Ernesto Olivera en su tesis “Intrusismos de lo real en la narrativa de Mario Levrero” (Universidad Complutense de Madrid, 2008), y luego Jesús Montoya Juárez en *Mario Levrero parar armar. Jorge Valotta y el libertinaje imaginativo* (Montevideo: Trilce, 2013). Ricci ensaya en estas líneas un “reconocimiento crítico” a Felisberto, en el sentido que, junto con la valoración, introduce observaciones literarias de escasa pertinencia, actitud que en la época de la carta solo podía mantenerse en privado y no en público, espacio donde la crítica estaba dominada por cánones menos caprichosos (más exigentes).

28

De Ángel Flores New York, 1 de agosto de 1953

217-47, 51 Avenue
Bayside 64, New York
11 de agosto de 1953

Mi admirado Felisberto H.:

Mi gitano peregrinar parece ser responsable de todo —perdóneme, amigo generoso— pues es hoy cuando recibo su precioso paquete y sus dos cartas. Pero NO llegó tarde y ahora me dará el gusto de presentar su genio por estas tierras.

Le voy a tener que molestar de nuevo: (1) el que «La casa inundada» vaya a aparecer en *Cuadernos Americanos* no obstaculizará el que se publique en nuestra Antología. Saldrá allí primero y luego en nuestro libro. Además su director es viejo amigo y (no sé si Ud lo sabe) YO soy el «indicador» de dicha revista: ahora mismo me acaban de publicar un volumen conteniendo el índice de once años de *Cuadernos*. No tema, pues, y remítame una copia del manuscrito. (2) Decirme la fecha de la primera publicación de «Las Hortensias»; (3) Remitirme, sin prisa, un ejemplar de ese magistral *Nadie encendía las lámparas*; (4) Tenerme al corriente de la publicación de la Antología de Zum Felde.

Con toda fraternidad, y abrazos cordiales para Ud y Gastón, quedo muy de Ud,

Angel Flores

Después del 1 de septiembre mi dirección será:
Professor Angel Flores
38 University Houses
Madison, Wisconsin

Se me olvidó decirle que la Universidad de Wisconsin me ha invitado a dictar varios cursos durante 1953-1954 y que dentro de una quincena partiré para esa bella ciudad del Middle West.



En una carta anterior, del 25 de mayo de 1953, desde Estados Unidos, Ángel Flores (1900-1992) le propone a Hernández la publicación de “El balcón” —“le advierto que está en buena compañía: José Bianco, Borges, Mallea, *et. al.*”— para una antología crítica de la literatura hispanoamericana que se publica con el título de *Narrativa hispanoamericana 1816-1981: historia y antología. 3: la generación de 1919 a 1939* (México, Siglo XXI, 1983). Justificado por las fechas extremas de su antología, Flores tarda tres décadas en divulgar el trabajo. En este volumen citado incluye una presentación del escritor, una carta de 1954 que le envía Hernández y “El balcón”. Mientras tanto, Alberto Zum Felde termina el volumen “La narrativa” de *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, que se refiere aquí con curiosidad, en 1959. En la primera carta Flores le hace saber al escritor que lo había conocido a través del consejo del uruguayo Gastón Figueira, a quien ahora saluda. Roberto González Echevarría considera a Flores (por el estudio “Magical Realism in Spanish American Fiction”, *Hispania* 38, 1955) la piedra de toque para la discusión del “realismo mágico” en la literatura latinoamericana, que incluye (en la lista de Flores) a Hernández junto a los autores que indica más arriba, además de Bioy Casares, Juan José Arreola, Julio Cortázar. Es suya la ficha “Felisberto Hernández” en Ángel Flores, ed., *Spanish American Authors. The Twentieth Century*. Nueva York: The H. W. Wilson Company, 1992, pp. 411-413. Con el trabajo del profesor y traductor nacido en Puerto Rico, conocido por su entrega a los ficheros, carpetas y archivos hispanoamericanos modernos, comienza en mayo de 1953, poco antes de esta carta, la atención de la obra de Hernández entre los latinoamericanistas radicados en Estados Unidos. El interés llega a un punto alto dos décadas más tarde con la inclusión de su nombre en cursos de Ana María Barrenechea, en Columbia University, que dan lugar al estudio “Ex-centricidad, con-vergencias y di-vergencias en Felisberto Hernández” en 1976 (*MLN*, Baltimore: 91, 2).



29

De Reina Reyes

[Montevideo, 18 de agosto de 1954]

8 horas del día 18

Felisberto mío:

¿Cuándo soñé?

Anoche soñé. Recostada en tu hombro, dormí sobre tu pecho el más feliz de los sueños con atracción de abismo. Con fruición te sentí en mi piel y en ti me perdí. Al despertar estabas...

Corrí a las rocas. Vi sobre la arena las huellas de mis pasos, pero no las tuyas. En vano busqué el objeto perdido como testimonio de una realidad de mi recuerdo.

Dime poeta, tú, que sabes de estas cosas: ¿Cuándo amé? ¿Cuándo creí sueño mi realidad o realidad mi sueño?

Sueño o realidad viene en mí y te quiero, te quiero más Felisberto mío

Reina

Esta es la única pieza, dentro de la selección de la correspondencia recibida, que cabe en el género “carta de amor”. Se cruza con las que le escribió Felisberto Hernández y publicaron el profesor Ricardo Pallares junto a la propia Reina Reyes en *¿Otro Felisberto?* (Montevideo: Imago, 1983). Atraída por el abismo, romántica, la pedagoga Reina Reyes (1904-1993) tuvo una historia personal muy divulgada con Felisberto Hernández entre 1954 y 1958. La carta que este envía a Jules Supervielle (10 de marzo de 1955), y sobre todo el borrador (5 de diciembre de 1954), publicado aquí (véanse cartas de Felisberto Hernández a Jules Supervielle), enfrentan al lector al embeleso añorado, al rostro infantil (“un bebé cebado”) del penúltimo romance que en la vida de Felisberto esté tan profusa y literariamente documentado.

30

**De Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba),
Horacio Achával
Buenos Aires, 29 de julio de 1963**



408

Editorial Universitaria de Buenos Aires. Florida 656. Buenos Aires (Argentina)

Buenos Aires, 29 de julio de 1963

Señor

Felisberto Hernández.

Imprenta Nacional

Cuareim 2391

Montevideo – R.O. del Uruguay

Querido amigo;

Nuestra entrevista fugaz, casi vertiginosa, es uno de los mejores recuerdos que traje de mi paso —también fugaz, vertiginoso— por Montevideo. Y es, además, una de las cosas que me hacen desear el retorno para una estancia menos apremiada, menos dislocada, con un caudal de tiempo mío para invertir, a buen cambio, con amigos como usted. Me lo prometí y me alienta la convicción de que suelo ser implacablemente formal en el cumplimiento de promesas, sobre todo cuando son placenteras y me las hago a mí mismo.

Leí sus dos libros. Nunca supe juzgar con precisión y lucidez, menos con método. Simplista como soy en cuanto a juicios en literatura, he llegado a establecer dos categorías de «buenas obras»: las que lo son lo suficiente como para tener que justificar gusto o simpatía, y las que lo son

tanto como para sentirse relevado de la obligación de explicar por qué son buenas. En el caso de las suyas hay, además, en lo que a mí me atañe, una suerte de venturosa «inhabilitación por simpatía», por afinidad, ya que un juicio siempre es sospechoso cuando para emitirlo, uno tiene que desprenderse del sayo de la admiración. A mí, por otra parte, no me interesa desnudarme en aras de la objetividad, puesto que me siento muy cómodo admirándolo, y comprendiéndolo todo por «vía directa», trampeando con cierto regocijo a la conciencia.

Algo más aún. Estoy preparando una colección de pequeños libros —Libros del Colibrí— de alrededor de 64 páginas, en los cuales se publicarán, ilustrados, cuentos, poesías, breves obras de teatro y todo aquello susceptible de editar en este tipo de volumen, de autores americanos. Será una colección muy popular, tanto por el precio —unos \$ 20 argentinos— como por la tirada —30.000 ejemplares por título—. Para esta colección propuse dos cuentos suyos, «El acomodador» y «El comedor oscuro», propuesta que se aceptó. Por tanto, si está usted de acuerdo, podríamos hacerlos. Le adelanto que los derechos por los cuentos serían de \$ 15.000 argentinos por cada edición de 30.000 ejemplares, que se pagarían a los dos meses de la aparición de la obra. Además, al margen de la suerte que corra la edición, se asegura otro pago de \$ 10.000 argentinos al año de la aparición. Espero sus noticias al respecto. En caso de que esté de acuerdo, le enviaré una copia de una autorización, muy simple, en la cual se consignarán concretamente las condiciones, para que usted la firme.

Espero una carta de usted. Hasta muy pronto con un abrazo.

Horacio Achával

El reconocimiento, la simpatía y la propuesta del editor Horacio Achával, figura clave en el proyecto editorial de Boris Spivacow al frente de la Eudeba (1958-1966), cierra de la mejor manera, con una posibilidad de imprimirse por miles, la relación de Felisberto Hernández con los argentinos, que empezó en 1935 en Gualeguay (ver nota 3) y se afianzó a partir de 1942 con *Por los tiempos de Clemente Colling* y a través de los vínculos de Paulina Medeiros. Esta carta debe ser la última propuesta de edición que Felisberto haya recibido, ya enfermo, en sus últimos meses. La idea no llegó a concretarse. Horacio Achával mantenía la “Serie del Siglo y Medio”, que conmemoraba la historia argentina, y proyectaba esta, “Libros del Colibrí”, americana, acaso para competir con “Los libros del Mirasol”, un éxito de “literatura universal” de la Compañía Fabril Editora. En 1963 existe el interés de Achával por Felisberto Hernández, que se mantiene en Argentina, por otras vías, hasta 2015, cuando Cuenco de Plata publica su *Narrativa completa*. Fiel a la figura soterrada del editor, es difícil dar con datos sobre Achával (?-¿1993?). Existen testimonios, pasajeros, de Susana Zanetti y Beatriz Sarlo. Un detalle esclarece las afinidades con Felisberto: “Boris y Achával tuvieron una pelea homérica por Macedonio Fernández. Como ya hemos dicho todos Boris era un hombre de gustos

clásicos, entonces cuando Achával le dijo: ‘Tenemos a Macedonio’ y el otro le retrucó ‘¿A vos te parece...?’, Achával salió de la oficina echando humos”, dice Sarlo en *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*, de Judith Gociol (Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2007, p. 25). Por otro lado, César Aira hace de sí mismo y de Achával personajes de *La vida nueva* (2007), asumiendo el papel del escritor esperanzado ante el editor que hace planes y promesas.

31

De Asdrúbal Salsamendi [New York, setiembre de 1963]

Querido F:

Este es el primer paso serio que doy con el propósito de que se traduzca tu obra, veremos qué resulta, al propio tiempo he escrito a la revista *Américas* con el propósito de ver si cambian su orientación, donde también recomiendo tus libros. A lo mejor algo sale de todo esto!

Un abrazo,

Salsamendi

5th September, 1963

Dear Dick:

As we agreed yesterday, I am forwarding you «La Casa Inundada» by Felisberto Hernández and wish you luck in your attempts to publish it here.

I hope that the readers will have the same reaction I have with the disturbing intelligence and fantasy of the author.

Thanking you on his behalf and on mine, I am

Very cordially yours,

A. Salsamendi
Actg. Director

Mr. Robert Lewis,
320 East 83rd Street,
New York, N. Y.

Asdrúbal Salsamendi (1919) es un escritor y grabador uruguayo, viajero, ex funcionario de Naciones Unidas. Como responsable de la revista *Cultura*, editada por el Instituto Anglo-Uruguayo, publica en mayo de 1946 (número 9) el cuento “Nadie encendía las lámparas”. Salsamendi se había encargado, antes como amigo que como bibliotecario del Anglo (1943-1947), de la entrada de Felisberto Hernández en el ámbito anglosajón. En este mensaje postrero le hace constar que sigue siendo fiel: le envía la copia de la carta a un editor (mecnografiada) y le escribe unas líneas manuscritas, que se leen más arriba, en la parte alta del folio. Salsamendi había conocido a Hernández *circa* 1943 en el “barrio de los editores”, lo había visto varias veces merodear cerca de la dirección Juan Manuel Blanes 1138, Montevideo. Allí tenían residencia Venus



González Olaza, su esposa y sus hijos, los hermanos González Panizza, quienes figuran dando nombre al sello editor de *Por los tiempos de Clemente Colling y El caballo perdido*. Como se aprecia en la carta 14, desde la entrega en mano de un libro de Hernández a Sir Eugen Millington-Drake, Salsamendi trabaja siempre con efectividad para que Felisberto, como sucedía cuando se encontraban, “alargara sus cuentos”, tocara varios destinos. La fidelidad llega hasta el final de la vida de Hernández. En diciembre de 1963 Salsamendi le envía una postal desde New York (“que diseñara la señora del presidente Kennedy”, un ángel tocando la trompeta) en la que dice haber recibido la traducción de “El cocodrilo”. Con la firma de Stephanie Merrim, la traducción del cuento (que seguramente no es la misma de la que habla Salsamendi) recién se publica en 1976 (*Fiction*, vol. 5/1). Esther Allen volvió a hacerla en *Lands of Memory* (NY: New Directions, 2002), y la misma casa editorial la usó para componer *Two Crocodiles* (NY: New Directions, 2013), de Fyodor Dostoievski, traducido por Constance Garnett, y Felisberto Hernández. Olvidadamente en 1956 F. Ferrándiz Alborz había escrito (*El País*, Montevideo: 24 de junio de 1956) que el cuento de Hernández va —con su “humor intelectual”— hacia a “esa angustia metafísica” del “alma rusa”. Esta edición que junta a Dostoievski con Felisberto se publicó con una faja y la siguiente indicación: “‘You must read Felisberto Hernández’ —Roberto Bolaño”. Sin saber de ninguna manera la suerte que correrían “El cocodrilo” y su autor, Salsamendi tenía intenciones a fines de 1963 de cuajar planes editoriales que quedaron por el camino. Felisberto Hernández recibió aquella postal, posterior a esta carta, y la guardó. Es el final de la correspondencia recibida.

